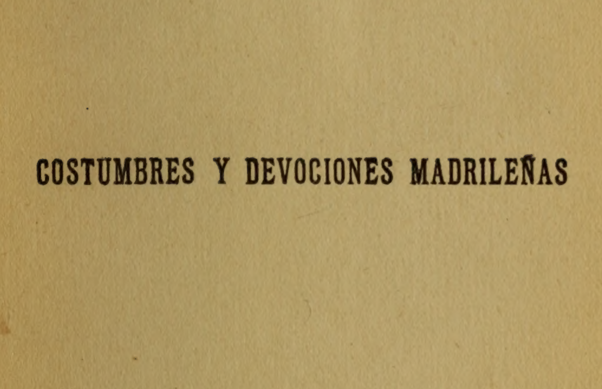

3 1761 09546781 7





COSTUMBRES Y DEVOCIONES MADRILEÑAS

LS.
R425 5c

PEDRO DE RÉPIDE

Costumbres y devociones madrileñas

233659
24.6.29

MADRID
Librería de la Viuda de Pueyo
Calle de la Abada, 19.

ES PROPIEDAD

* * Imprenta Helénica * *

Pasaje de la Alhambra, 3

Madrid.

DEDICATORIA

A Roberto Castrovido,

gran madrileño, gran escritor, gran espíritu.

Con todo el afecto y la admiración de

PEDRO DE RÉPIDE



I

Año Nuevo.—Los estrechos.—Los Reyes.—Las vueltas de San Antón

Todavía durante la Noche Vieja, como la víspera de la Epifanía, suelen verse en algunas esquinas de los barrios viejos de Madrid, los puestos minúsculos donde, alumbrados por un farolillo de aceite, se venden pliegos de papel de colores que contienen «los motes para damas y galanes».

Aún hay, por lo tanto, casas tradicionales donde la familia y los contertulios de la vecindad que se reúne en torno á la camilla para disfrutar las emociones honestas y delicias patriarcales de la lotería de cartones, consagra esas noches señaladas á la costumbre tan galante y tan inocente al par, de echar «los estrechos» ó «los años».

Cuando en la reunión figura algún poeta, y mucha bendición de Dios será que no lo haya, no se utilizan de los pliegos callejeros más que los que contienen las tarjetas para los nombres que han de salir emparejedos, y el poeta de la casa sustituye ó aumenta los versos comprados con otros de su particular cosecha. El gracioso de la tertulia, y este si que es inevitable, encárgase de mezclar entre los nombres de los circunstantes otros imaginarios que suelen ser los mismos todos los años, para reirse mucho al ver que Fulanita *ha salido* con el león del Retiro, ó que don Mengano viene formando pareja con la Cibeles, y obligado, por lo tanto, á servirla muy fino y rendido durante todo el año.

A veces el amor, á quien toda traza y arbitrio se le permite siempre, hace bonitamente alguna trampa para que la niña de la casa salga en los estrechos con el muchacho del segundo, y se legalicen en cierto modo las prolongadas permanencias al balcón y los frecuentes y casuales encuentros en la escalera. Otras veces, el azar de los estrechos, suele ser un recordatorio de fidelidad,

trayendo en sazón oportuna la memoria de algún ausente. Y siempre, siempre puede servir como de portillo á la ilusión. ¡Oh, papelillos de colores, que una viejecita pregona en una esquina entre las sombras y los fríos de una noche invernal! ¡Vuestros versos ingenuos pueden en más de una ocasión valer por un poema!

Ya ha entrado el Año Nuevo. Vida nueva reclama para él un estulto proverbio. ¿Vida nueva, por qué? No mudamos de cuerpo ni alma, cada vez que llega el día de la Circuncisión del Señor. Si estamos á gusto con la vida que llevamos á fines de Diciembre, no es cosa de que la variemos sólo por dar gusto á un refrán. Y si nos hallamos tristes y sin una orientación, no es cosa de esperar á que venga un nuevo año para buscarla.

El año se nos presenta como un libro que tiene todo su paginario en blanco. No sabemos lo que el Destino querrá escribir en esas hojas inmaculadas. Por de pronto el hombre bien criado preocúpase de felicitar la entrada de año á todas las personas que le interesan y á muchas que no le importan grandemente. Las

facilidades para la confección de tarjetas y la resistencia física de los carteros, son colaboradores eficaces en esta obra de civilidad y cortesía.

La gente del pueblo sustituye y reduce muy substanciosamente todos esos cumplimientos, y festeja el día de Año Nuevo volviendo á mercar un cordero como el del día de Navidad, ó acudiendo á buscarle ya feriado y aderezado en algún merendero de las afueras, si como es debido, el día se presenta alegre y el sol cumple su menester.

Llega el día de los Reyes Magos, sin que se advierta su víspera por más tráfago y movimiento que el extraordinario que se advierte en los bazares y tiendas de juguetes. Una piadosa ilusión ha dormido aquella noche á todos los niños de Madrid, que pusieron en los balcones sus zapatos para recoger el presente de los monarcas orientales. Y algunos zapatitos á la otra mañana aparecen vacíos, pero como constelados de finísima pedrería. Los reyes no se acordaron de ellos, y la escarcha tan sólo les dejó la memoria de sus cristales.

Ya pasó á mejor vida la costumbre de

salir á esperar á los reyes. Unos cuantos zagalones, ataviados grotescamente, y algunos con grandes cucuruchos en la cabeza, porque se ha convenido en que los astrólogos usaban siempre coroza hasta para andar por casa, recorrían las calles porteando largas escaleras de manos, á las que se subían para escudriñar el horizonte con unos descomunales telescopios. Ya ha desaparecido esa diversión tan inocente y primitiva, pero tan ruidosa y molesta que un tiempo hubo en que los alcaldes de casa y corte hubieron de dictar un bando disponiendo que se prohibiera en tal noche «el uso de panderos, sonajas, bocinas, zambombas, gaitas, caracolas, silbatos y otros instrumentos ridículos».

Ahora se deja llegar á los reyes sin cumplidos, y se come en el almuerzo de ese día la torta, en la que el hallazgo del haba oculta entre la masa obliga á quien la encuentra á una diversidad de atenciones, según el convenio de los comensales.

Esta costumbre de la torta de Reyes no es antigua y carece de abolengo español; así, para dar un sabor castizo á la

comida de ese día, el madrileño de cepa refiere los detalles de la capilla pública en Palacio, adonde acudió para ver el traje que llevaba el rey, vestido que muy luego, y siguiendo una práctica tradicional, regala Su Majestad al duque de Híjar, quien en su calidad de conde de Rivadeo, ostenta el privilegio de conservar el traje que el monarca de España luce en la fiesta de la Epifanía. Y con hablar de ello y comentarlo, ya puede esperar á que se presente con la llegada del día 17 de Enero, la fecha inicial de las romerías madrileñas.

Andarse á ruar por la calle de Hortaleza el 17 de Enero, es el alfa de las efemérides de jácara y regodeo, que cuenta para su regocijo de todos los años la ínclita majeza de nuestra villa cortesana. El omega de esos holgorios es la visita á la plaza Mayor, donde se apresta una cristiandad á festejar el nacimiento del Redentor con tan grosero y capital pecado como es el de la gula. La cristiandad menuda, horra, por su inocencia y sus costumbres, de las homilías de un D. Juan de Zavaleta, asiste alborozada en día tal á la plaza de Santa

Cruz, donde por los portillos de los sentidos alegra sus almas la visión de una varia y diminuta imaginería.

Contando de romería en romería, la cuenta sale de San Antón á San Eugenio. Entre dar por la calle de Hortaieza las clásicas *vueltas*, y merendar en El Pardo el día de la fiesta bellotera, el mantón de Manila tiene unas cuantas ocasiones señaladas de salir á admiración de los públicos y envidia de las amigas, en sazones tradicionales, á más de las exhibiciones extraordinarias de los días de toros y de la boda de rumbo ó el bautizo de trapío.

Sale el pañuelo chinesco, bien de la cómoda donde se guarda como una alhaja de familia, bien de mano de la prendera ó fiadora conocida, si no surge de los sombríos arcanos de la casa de empeño de la esquina, y por primera vez en el año adorna el coche, ó ciñe el cuerpo de la madrileña de casta, para pasear entre el colegio de los Escolapios y el convento de las recogidas de Santa María Magdalena. Guárdase luego hasta el Miércoles de Ceniza, en que baja á celebrar el entierro de la sardina, ahora en la Pra-

dera del Corregidor, como hasta hace tres años entre las frondas del Canal, y no vuelve á la luz sino cuando en la madrugada del Viernes Santo acude á la Cara de Dios. No se guarda, porque es menester lucirlo dos días depués, el domingo de Pascua, en la capota de la manuela, como de la calesa en otro tiempo, y luego en la delantera de la grada. Y desde entonces, ya no reposa el pañolón, que ha de llevarse á la Pradera el día de San Isidro y á la Florida la noche de San Antonio.

El uso ha suprimido la romería de Santiago el Verde, en el Sotillo, el día 1.º de Mayo por la mañana, fiesta en que, so color de devoción cristiana, resucitaba el paganismo para saludar el advenimiento de la primavera rediviva, y dióse también por fenecida la fiesta del Trapillo, que el día de San Marcos, 25 de Abril, despoblaba Madrid por la puerta de Fuencarral, camino de la ermita del Santo, y cuyo campo, como si la advocación del bienaventurado influyera en ello, era teatro de escenas que envidiara el numen de Bocaccio.

El Corpus y San Antonio de la Florida

inician la época espléndida en que triunfa la majeza del mantón manilesco y manolesco. Las vísperas celebradas de San Juan y de San Pedro, las verbenas del Carmen y de Santiago, las noches de San Cayetano, de San Lorenzo y de la Paloma. Entonces la algazara verbenera se calla, y espera el último día de su reinado, bajo las encinas de El Pardo, en las melancolías de una tarde otoñal.

Por eso el día de San Antón es una fecha inicial de alegría en el alegre pueblo mantuano. Las manolas más manolas del Avapiés, no desdeñaron en los días de más cruel contienda con la chispería de la corte, el llegar en son de fiesta fraternal al corazón del barrio chisperesco de San Antón y del Barquillo. Hoy, que ya no existen los bandos del Avapiés, ni es de temer la venganza del *Zurdillo;* hoy, que reinan la paz y el beneficio de la cordialidad mayor entre los príncipes cristianos de Embajadores y de Maravillas, pasean con igual imperio la calle de Hortaleza las mozas más garridas de Monteleón y las hembras más soberanas que se crían entre los dos campillos, el Gilimón y el de Manuela.

Los majos caracolean en sus caballos engalanados, con las crines trenzadas y tejidas como ataujía las copiosas colas. Los jinetes van con un lujo de abolengo, y, quien puede, deja la chaqueta de coderas de diestro garrochista, para ostentar con garbo la corta chaqueta de terciopelo carmesí con los alamares de seda ó los caireles de áurea filigrana. Muerto el gracioso calañés, reina todavía sobre las cabezas el redondo pavero, nieto del castoreño de otra edad.

Era un tiempo cuando hallábase en los arrabales, y aun como finca lejana, la quinta del conde de Vocingüerra de Arcos, que estaba donde luego hubo de alzarse, en el siglo XVIII, el palacio del conde de Aranda, y hoy hállase emplazado el Tribunal de Cuentas, aquella quinta donde el príncipe D. Carlos acudía como á paraje secreto y apartado para avistarse con gentes de Flandes, en menoscabo de la autoridad de su padre, el monarca D. Felipe. Y como lugar casi campestre, los terrenos del condestable D. Bernardino Fernández de Velasco, duque de Frías, que llegaban desde donde es hoy el paseo de Recoletos hasta la

calle de Hortaleza. De los marqueses de la Torrecilla era, y portal de sus cocheras, el zaguán con una imagen de la Virgen, que aun se conserva y se conoce como el Arco de Santa María. Eran, pues, lugares poco menos que desiertos aquellos que lindaban con los caminos de Fuencarral y de Hortaleza, y así hubo de acontecer que, en ocasión de cierta epidemia, peste ó pestilencia que entonces se decía, se utilizase un lugar en las cercanías del segundo de esos senderos para el establecimiento de un lazareto que apartase de la villa á los infortunados elegidos por el mal. Era el año 1600, y aun existía el lazareto abandonado, por lo que consagróse á otro menester saludable, como el de hacerle asilo para los pacientes de fuego usagroso y de lamparones, que habían de curarse solos por no tener á mano la del rey de Francia, á quien venía de casta gracia para curar esas lacerias.

Ibase haciendo calle lo que hasta entonces no pasó de camino de Hortaleza, y el viejo lazareto fué donado á la comunidad de cléricos regulares de las Escuelas Pías, quienes luego que tuvie-

ron bienes para ello, y no fué poca parte en su ayuda cierta limosna de un señor opulento y poderoso con tantos doblones como piedad, y que se llamaba D. Fermín de Vicuña, dispusiéronse á edificar de nuevo, alzando un templo que había de consagrarse á la Asunción de la Virgen, y la casa conveniente para un colegio calasancio. Entretanto habíase construído enfrente, y llegando hasta la calle que se llamaba de San Antón, y hoy se denomina de Pelayo, otro muy piadoso, ejemplar y edificante beaterio que traía su origen del recogimiento de mujeres arrepentidas que hubo de establecerse en el Hospital de Peregrinos, y al quedar sin uso esta fundación en 1587, dispuso el presidente del Consejo de Castilla, D. Francisco de Contreras, que fuesen puestas las conversas bajo la protección del Consejo mismo, y se les labrara vivienda en la calle de Hortaleza, adonde con el nombre de Casa Real de Santa María Magdalena, de mujeres arrepentidas (vulgo recogidas), instaláronse el día 10 de Mayo de 1623.

Fué bastante depués, el 12 de Junio de 1755, cuando fundaron su colegio los

escolapios, y posteriormente cuando dieron á su escuela el nombre de San Antonio Abad. Y con ello respetaron dos tradiciones, porque la advocación del eremita fué la que llevaba el lazareto primitivo, y como en ocasión de aquella epidemia hubo de celebrarse su desaparición, con una ceremonia que parecía de fraternidad franciscana, mezclada con algo de exorcismo, y consistía en una bendición á los frutos y á las bestias, quedaron desde entonces los clérigos escolapios en la práctica, entre devota y pagana, que verificada en el día del santo patrón del colegio había de convertirse en asunto de tradición y derivar en romería.

Esta típica romería madrileña, que desde fines del siglo XVIII viene celebrándose en la calle de Hortaleza, delante de la iglesia de PP. Escolapios, era más interesante, pintoresca y bravía en los tiempos anteriores cuando daba lugar á un espectáculo extraño, poco edificante sin duda, pero lleno de bárbara y singular belleza, como una saturnal ó como un aquelarre.

Todo el mundo habla de la romería

de San Antón que perdura en la tarde del 17 de Enero, desde la Red de San Luis hasta la plaza de Santa Bárbara, pero nadie dedica su recuerdo á aquella otra primitiva fiesta que celebrábase muy anteriormente en la villa por tal día, y era la tumultuosa exaltación y coronación del *rey de los cochinos*.

Aquellas fiestas medioevales de los asnos y del rey de los locos, fueron algo análogo á ésta, tenida en tal consideración oficial, que el Concejo madrileño contaba entre las cargas comunales la obligación de dar sustento á unos hermosos cerdos, que crecían y engordaban llenos de cuidados y hasta de honores municipales.

La tal algazara llegó á ser causa de tan grandes desórdenes, que el día 10 de Enero de 1619 publicóse un bando del corregidor, disponiendo: «que la mojiganga del *rey de los cochinos* no pase por la villa sino que vaya por fuera al templo de San Antón, en el que no se la permita entrar, ni aguanten los ministriles irreverencia alguna». Modificóse algo la fiesta turbulenta, y el Concejo de 1697, consiguió suprimirla por completo, por

irreverente al culto del santo y ofensiva á la majestad del rey. Volvióse, sin embargo, á celebrar bajo la nueva dinastía en 1722, pero dió lugar á bastantes desgracias la celebración de esta especie de saturnal, y fueron puestos tan eficazmente en vigor los bandos anteriores, que desde entonces dejó en absoluto de celebrarse aquella extraña fiesta. ¡Lástima grande que Goya no la llegara á conocer! El, que nos ha dejado ese lienzo único del *Entierro de la sardina*, hubiera pintado algo enorme de aquel abigarramiento.

Celebrábase la fiesta en los altillos de San Blas, entre la ermita de este santo y la de San Antonio, que se encontraba no muy lejana, precisamente donde ahora hállase enclavada la fuente del Angel Caído, al final del paseo de coches del Retiro. En la ermita de San Antonio instalóse, luego, la famosa fábrica de porcelana de China, derruida en 1812 por nuestros amigos y aliados, los ingleses.

El cerrillo de San Blas era un lugar de piedad. Para subir á él pasábase primero por la ermita del Angel, que esta-

ba en el paseo de Atocha, y servía á dos advocaciones: la del Santo Cristo de la Oliva y, después, la del Santo Angel, que había estado primero en la puerta de Guadalajara y luego en otra capilla á la salida del puente de Segovia. Luego el cerro, cuya romería del 3 de Febrero, quedó admirablemente pintada por don Pedro Francisco Lannini, en un entremés curiosísimo, se extendía desde las tapias de Atocha hasta el camposanto de los Jerónimos: ese breve recinto donde se yerguen unos cipreses, bajo los cuales duermen también algunas víctimas de la noche de los fusilamientos, el 3 de Mayo de 1808. ¡Oh, dolor de las profanaciones! Ese lugar tan venerado fué asfaltado no hace muchos años para convertirlo en patinadero, entre los recreos de una exposición de industrias, que se celebró en el Campo-Grande.

Volvamos al cerro, por entre cuya entraña corre un agua milagrosa, la de Santa Polonia, y recordemos la fiesta que sobre él tenía celebración en tal día 17 de Enero. Tratábase de coronar para todo el año á uno entre los porqueros, que tuviese bajo su mandato á cual-

quiera de las piaras del término de la villa. Después de todo no había más que ratificársele en su título, pues ya sabemos que una de las acepciones castellanas del vocablo *rey*, significa pastor de cerdos. Ibase, por lo tanto, á la glorificación de un rey de reyes.

Llegábanse los porqueros de la villa frente á la ermita de San Blas, y traían con ellos á los verracos del Concejo, primorosamente ataviados con grande profusión de cintas y de campanillas. Colocábanles en línea ante la puerta donde había una gamella con cebo, y soltándoles á un tiempo, festejábase el final de la cerdosa carrera, proclamando cerdo-rey al primero que llegaba á dar con sus respetabilísimos hocicos en aquella meta tan codiciada.

Esto no era, sin embargo, más que el comienzo de la solemne ceremonia. Ya estaba averiguado cual era el puerco príncipe, y habíase procedido á ceñirle una corona de ajos y cebollas. Muy luego se procedía á investigar quién era el porquero digno de igualarle en autoridad y echándose suertes entre los zagales, acogíase con grandes aclamaciones

la designación del preferido. Acudíase á vestirle de San Antón, colgándole unas grandes barbas y dándole un báculo y una campanilla. Ya en esta sazón, montábanle en un burro, y toda la comitiva ostentando los más grotescos atavíos, dando alaridos bravos, soplando cuernos y tañendo cencerros, corría detrás de él hasta dar en la puerta de la ermita de San Antonio.

Una vez allí subíase á un alto y visible lugar al cerdo-rey, y á su lado al porquero á quien la suerte había designado para tan prócer fin. Despojábase del traje que llevó hasta allí, poníasele en cambio un manto de estera, montábasele en el cochino de honor, y la corona de ajos y cebollas que el animalito trajo puesta, pasaba á ser diadema de la frente del mozo, que recibía entonces la consagración definitiva de su poderío y el homenaje de su pueblo.

Y una vez plenamente poseso de su soberanía, el rey de la cerdosa turba pedía bendición para el sustento de los hombres y de las bestias que formaban su compañía. En confuso tropel que parecía ímpetu de torrentera desbordada,

llegábase aquel revuelto ejército de hombres, cerdos, potros y jumentos, hasta el monasterio cercano, en el que á solicitud del caudillo de la alborotada grey, los frailes disponían la bendición solicitada.

—Bendícenos este pan—decía el grotesco rey.

Y la mano sacerdotal hacía el signo de la cruz sobre el pan que el extraño monarca repartía entre los más cercanos de la hueste.

—Bendícenos la cebada para las bestias—volvía á pedir luego.

Y el fraile bendecía el grano de los campos que había de nutrir á los brutos, también criaturas de Dios.

Después era la bacanal sin freno. La tremenda algarabía de berridos, relinchos y rebuznos, juntos con los gritos y los cánticos de la plebe que comía y bebía sin saciarse jamás. Llegábales la noche, y aquel tropel tumultuoso, donde acababan por tener lugar todos los desmanes, hasta los más sangrientos, era una orgía sabática.

Más tarde, á fines del siglo XVIII arraigóse la costumbre de ir el día de

San Antón á pasear bestias y personas, unas y otras con los más espléndidos atavíos, delante de la escuela calasancia, y dando tema para sus epigra mas á un clérigo viejecillo que se asomaba tras una reja de la rectoral del convento frontero.

Acudían á participar de su plática, de su ingenio y de los dulces y sabrosos panecillos del santo que las enclaustradas elaboraban con maestría singular, unos cuantos caballeros, viejecicos también, que eran, el uno consejero de Indias y había sido intendente en Nueva España, ó secretario del virrey en Santa Fe; el otro, eclesiástico, que estudió en Salamanca con el capellán de la casa y cultivó con él la amistad de D. José Iglesias. No faltaría el covachuelista de Hacienda, ni un honrado droguero de la calle de las Carretas.

Y aquellos buenos viejos repartían su tiempo entre el chocolate, las salvillas con montañas de dulces y la tabaquera del consejero que andaba de mano en mano, porque su dueño pedía que hicieran la merced de probar aquel polvo de rapé que le mandaban de Yucatán. Y en-

tretanto había el comentario para el majo jinete que pasaba, para el mozo de mulas que traía á bendecir las de su posada, para la dama que cruzaba del brazo de su petimetre haciendo visajes y oliendo el pomo de vinagrillo de los cuatro ladrones. Y el grito del usía que sentía oscilar su medio queso al embate de una cáscara de naranja, lanzada con magnífico desenfado por mano de Manola, desde una calesa que la sirve de trono.

Y los viejos dicen al capellán:

—Vamos, don Francisco, que ya nos dará usted el regalo de un epigrama.

—Ya, ya—contesta D. Francisco—, para que los cuenten luego en la tertulia del señor Príncipe de la Paz, y digan que no tengo formalidad ninguna.

—Pues poco que se rió Su Alteza Serenísima con la pintura que hace usted de la calle de San Antón. Ya, ye se ve que está tomada del natural. Y el rey se sabe alguna de las coplas que ha sacado usted á las veletas de Madrid, y las celebra mucho.

—Favor que me dispensa Su Majestad. Ayer me llenó de confusión en plena calle de Alcalá. Venían por allá los re-

yes y yo pasaba por delante del Carmen Calzado. Con que reparando en mí, hubo de decir á mi hermano, que es de su guardia, como ustedes saben, y cabalgaba cerca de él, que si yo era yo. Y el otro le contestó: —Sí, señor, es mi hermano Paco, el poeta. Con que el rey mandó parar su comitiva y me obligó á acercarme.

—Y le abrazó á usted y estuvo charlando un rato. Nos lo dijeron en la botillería. El soberano es el natural Mecenas de nuestros ingenios.

Y volvían á sus pláticas, y á sus dulces, y á su chocolote, y á su rapé, hasta que arrancaban un epigrama al gran improvisador que les agasajaba, y que no era otro sino el ingenioso y preclaro poeta, gala del hispano parnaso, D. Francisco Gregorio de Salas, capellán de la Casa Real de Santa María Magdalena.

Y al terminarse con la luz de la tarde, el paseo que se llamaba de las vueltas de San Antón, ardía la algazara en las chisperías del contorno y casas de tronío del barrio, en el cual ostentaba su tráfago la de Tócame Roque, océano revuelto, pandemonium terrible para ministriles y aun

para alcaldes de corte. Armábanse fandangos con el candil por luminaria, ilumínábanse por dentro las gentes del concurso con linternas de Arganda, y cuando llegaba la hora de las tinieblas, era precisamente cuando acabábase el holgorio con farolazos de lo grueso y culebrazos de lo fino.

Y aun era vez en que pasado el susto y tornando el de Lucena á ser el sol del aposento, hubiese novios que se quisiesen más que antes del apagón, y tras un espanto casi bíblico de escarmientos y de mercedes,, rasgueaban las vihuelas y punteaban seguidillas manchegas para que rabiasen las boleras.

Es la corte la mapa
de ambas Castillas,
y la flor de la corte
las maravillas.
Anda moreno,
que no hay cosa en el mundo
como tu pelo.

Y si hubo pecadillo de por medio, con irse al otro día á besar la estameña de la beata Clara, ya estaban las almas del otro lado.



II

Carnestolendas.—El entierro de la sardina.

Comenzaba antaño el mes de Febrero el pueblo madrileño con una fiesta de regodeo y jácara, de la que apenas queda ya recuerdo, y era, en verdad, una de las mayores efemérides de holgorio que tenían anotada, si no en su calepino, por lo menos en su memoria, los naturales de la villa, mucho antes de que el gran piscator de Salamanca, D. Diego de Torres y Villarroel, diera con la invención de los calendarios, tan peregrina como útil.

Consistía esa fiesta en acudir el día 3 de Febrero al altozano verdecido que dominaba el monasterio de Nuestra Señora de Atocha ó del Atochar, y celebrar como cumplía los días del glorioso San Blas, que allí junto, sobre el manan-

tial precioso y saludable de Santa Polonia, tenía su correspondiente ermita. Ermita donde colocóse más tarde al Santo Ángel, á quien hacían función, como á su patrono que era, los maceros del Ayuntamiento, y tuvo su capilla primitiva á la entrada de la Casa de Campo. Era aquella ermita la de acumulación de devociones á cual más piadosas, pues allí púsose también el famoso Cristo de la Oliva, maltratado por unos pícaros judíos en el olivar donde se halló primeramente, y no era otro sino aquel en el que se hallaba enclavado el calvario de la villa.

Las calles actuales del Calvario y del Olivar recuerdan estos lugares campestres de aquellos tiempos. Y de la fiesta de San Blas, y su romería famosa, no queda más memoria que la de alguna copla popular como la que decía:

A la ermita de San Blas,
si vas á coger verbena,
pedirás que la garganta
el santo me ponga buena.

Y en la literatura quédanos un admirable y muy poco conocido entremés,

del ingeniosísimo D. Pedro Francisco Lannini, titulado *El día de San Blas en Madrid*, sorprendente pintura teatral de las costumbres de una época.

Derribada la ermita, cuyas imágenes de San Blas y del Santo Ángel fueron llevadas á la iglesia de los Jerónimos, hízose la costumbre de aquella romería. La primera fiesta de algazara que aparece, por lo tanto, en Madrid, durante el mes de Febrero, es el llamado loco, no siendo á veces más que harto infeliz, regocijo del Carnaval, con su apostema del Miércoles de Ceniza y su postrer apéndice de la Piñata.

La majestad del César Carlos V prohibió las máscaras, y su hijo D. Felipe II dictó también pragmáticas encaminadas á que bajo ningún pretexto encubrieran su rostro las gentes y cambiaran por otros los vestidos habituales de su estado y condición. Fué menester que llegara un príncipe como el cuarto de los Filipos para que se viniere en el contrario exceso. Todo el año fué entonces Carnestolendas, y á las mascaradas en el Buen Retiro acompañaban otras en la huerta de Juan Fernández y en los jar-

dines de los próceres, que entonces sustentaban con prestigio de tales mansiones opulentas, rodeadas de alamedas frondosas y boscajes de ensueño.

Las públicas austeridades de doña María Ana volvieron en el siguiente reinado á trocar en casi penitentes las costumbres de la Corte. Las fastuosidades de D. Fernando de Valenzuela no frisaban con el humor reinante en las prácticas de palacio. Y á más del marqués de San Bartolomé de Pinares, sólo podía permitirse lujos quien era un hijo de rey como D. Juan de Austria, el *Chico*, aquel que siendo príncipe de la sangre, quiso aliar su estirpe á la de un príncipe del arte, y hubo en la hija del gran José Ribera, el *Españoleto* (quien murió de tal desazón), una hija, que hubo de profesar en las Descalzas Reales.

¡Quién dijera que el primer Borbón que reinaba en España, aquel duque de Anjou, que debiera traer todas las elegancias frívolas y las exquisitas voluptuosidades de la Corte de Versalles, había de ser el modelo de hombres recoletos, vestido siempre honestamente, sin aderezo ni ostentación en su personal Y

este fué, en verdad, Felipe V, el que en un arrebato místico renunciaba la corona en su hijo D. Luis I para encerrarse á hacer vida eremítica en San Ildefonso. El mismo que acabó por enloquecer á fuerza de prolongada castidad. Nada de extraño era, pues, que este monarca prohibiese también severamente las máscaras, prohibición levantada más tarde por Carlos III, aunque no era ni con mucho el hombre franco, abierto y expansivo que algunos se imaginan.

Era después, en el antruejo de 1808, y refiere D. Antonio Alcalá Galiano, que habiendo dispuesto ciertos jóvenes de excelentes familias un baile en casa de una dama distinguida, costó aquella tan legítima diversión nada menos que el destierro de la señora que ofreció su casa para semejante fin.

Don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla tiene, sin embargo, un sainete lindísimo que se intitula *El café de máscaras*. Prueba certera de que por lo menos había intermitencias en el cumplimiento de las órdenes del rey nuestro señor. Pero es lo cierto que hasta avanzado el reinado de D. Fernando VII, en los

días famosos del salón de Oriente y el de Solís, no aparece con moderno esplendor la costumbre de los bailes de máscaras, que muy luego habían de ser un atractivo poderoso para las elegancias cortesanas, como aquellos de los príncipes de Partana, embajadores de Nápoles y las Dos Sicilias, y en los que triunfaba entre todo el concurso fastuoso la figura del opulento duque de Osuna, Mariano Téllez de Girón.

En las costumbres populares, el Carnaval de fines del siglo XVIII y principios del XIX circunscribíase á diversiones que no pasaban del barrio y á veces tampoco siquiera de la calle. La maza y el pelele eran las diversiones de la majeza, que se apostaba en los balcones ó en las puertas de las casas con el inocente y santo fin de molestar y zaherir con burlas y con veras al arriesgado transeunte que, haciendo acopio de heroísmo, lanzábase de grado ó por obligación á pasear por los cuarteles en que dividíase la corte. Las bromas eran tan amables como la de poner un cordel tirante atravesado en la calle á poca altura del suelo, por ver cómo caían de bru-

ces los atrevidos pasajeros. Otras veces el cordel iba por arriba, á la altura suficiente para derribar el sombrero del usía que pasaba por mal de sus pecados. Cuando variábase la broma era para llover harina desde algunas ventanas sobre el petimetre más emperejilado, y quien dice harina dice cáscaras de huevo, mondaduras de patatas, residuos de otras legumbres, y bien podía darse por satisfecho el obsequiado con el donaire si no eran otras las substancias vertidas sobre su persona, y acompañado el chiste, lo mismo si desaparecía la víctima corrida que si cometía la candidez de protestar airado, con un sonoro concierto de sartenes y almireces, ó en momentos de solemnidad por los mismos panderos cuadrados que se guardaban en las casas de la manolería, para justa celebración de las más grandes festividades.

Si se trataba de gentes más ingeniosicas, poníase en la calle un ducado si lo había, ó un real de á ocho sino alcanzaba á más la hacienda, y era de ver cómo no faltaba bendito que se agachase á recogerlo, para mirar, entre riso-

tadas y voces, cómo la moneda embrujada apartábase de sus manos, impelida por una fuerza invisible, y se metía en cualquier portal de los cercanos. ¡Angelitos de Dios, y en lo que venían á divertirse los majos de las leyendas!

Pasaba un ministril y doblábanse para él las burlas, con un aditamento, el de obligarle á aflojar la bolsa en manos de las Circes de la vecindad, que aquel día tomaban represalias de cuanto les hicieron rabiar á ellas ó á sus jayanes en el resto del año los garduños de la justicia. Muy luego, cantaban todo un coro:

En las Carnestolendas
que todo pasa,
hasta los aguaciles
dacan la maza.

Y marchábase azorado el ministril, sin ver cómo á vuelta de abrazos, que acababan en pescozones, habíanle adornado la capilla con largos rabos de papel ó de trapo y grave detrimento de la serena divinidad de Themis.

Pero el colmo de la diversión en el antruejo era el pelele. El monigote, de tamaño natural de un hombre, que se mos-

traba á la pública admiración del barrio el domingo por la mañana, y era el eje del regocijo hasta el miércoles de Ceniza, en que finaba su existencia. El padre Goya nos ha dejado perdurable la costumbre del pelele en uno de sus cartones inmortales. El pelele no era jamás un muñeco desprovisto de personalidad. El pelele era siempre alguien. Alguien del barrio, y de quien no cabía otra venganza para saldar cuentas atrasadas entre el de la efigie y los vecinos. Alguien que de puro infeliz era todo el año pelele de carne, sin que fuera menester tomarle en efigie para zarandearle de lo lindo. En ocasiones, el pelele era una alusión política, y quedaba su significado para sabido por unos cuantos iniciados, porque los tiempos no estaban para chanzas. Y alguna vez en el pelele había una tragedia más intensa, más honda y más amarga que aquellas de declamación y artificio que se representaban en los coliseos de la Cruz y del Príncipe.

El pelele se colgaba entre dos casas, de balcón á balcón, de manera que se bamboleara en medio de la calle sobre los transeuntes. La vecindad obsequiá-

bale con oportunas coplas. Así, por ejemplo, le decían:

El pelele está malo.
¿Qué le daremos?
Agua de caracoles
que cría cuernos.

Y el monigote, descendido con toda solemnidad, era manteado por la concurrencia. Siendo conveniente advertir que á menudo, y para proseguir el ejercicio, solía mantearse también en la misma sesión á algún otro pelele de los de carne y hueso.

Y cuando con la última campanada de las doce de la noche del martes finaba el Carnaval y comenzaba la Cuaresma, el pelele era sentenciado á perecer en el nuevo día al mismo tiempo que se enterraba la sardina. Con lo que el Miércoles de Ceniza apercibíase la manolería á bajar á la pradera del Canal, con el fervor de quien cumple el más sagrado de los ritos. Baste decir que en el segundo tercio del siglo XIX, el gobernador, marqués de Santa Cruz, intentó prohibir el entierro de la sardina, y tuvo que dimitir ante el deséxito de su determinación.

Ya no se entierra la sardina, grotesca y extraña ceremonia que hubo de inspirar también á Francisco el de los Toros uno de sus lienzos más verdaderamente singulares; ya tampoco, desde hace pocos años acude el gentío madrileño á la típica pradera del Canal, sustituída en la tarde del Miércoles de Ceniza por la no menos interesante y bella del Corregidor. Pero si no fuese bajo las frondas de la dehesa de la Arganzuela, no se concebiría el entierro famoso.

Había concebido D. Felipe II un proyecto digno de la grandeza de su monarquía. El de poder, cuando quisiera, embarcarse en el Manzanares, al pie de su alcázar madrileño, y llegar navegando hasta Lisboa. Fué otro siglo después, en 1668, cuando los coroneles D. Carlos y D. Fernando Grunemberg resucitaron el proyecto. Cien años más tarde, en 1777, D. Pedro Martinengo y compañía obligáronse á construir el canal navegable desde el puente de Toledo hasta el Jarama. Y llegó hacerse hasta Vaciamadrid, aquel canal que tenía siete esclusas y cuatro molinos obra de la cual estaba orgulloso Carlos III. Hubo

en él fiestas y naumaquias, y en el embarcadero atracaba una historiada y gallarda falúa real, como la que surcaba en Aranjuez el mar de Ontígola, el de La Granja, en San Ildefonso, y en Madrid la mansas aguas del estanque grande del Retiro.

Pero llegó un tremendo día. Aquel en que se supo que el canal no llegaría nunca á verter sus aguas en el Jarama, ni en ninguna parte, porque sus constructores descuidando el buscar un imprescindible declive para el cauce, habían hecho de tal modo que el canal avanzaba cuesta arriba. Y la que debió ser vía fluvial quedóse reducida á la humillante categoría de charca inútil y malsana. Los enamorados y los suicidas eran los solos seres que acudían hasta sus márgenes. Y sólo una vez al año, el Miércoles de Ceniza, irrumpía un gentío abigarrado y confuso sobre la pradera que otro tiempo fué testigo de las mañanas de Santiago el Verde, en aquel lugar que entonces denominábase el Sotillo. Y en medio de una orgía, que tenía mucho de sabática, al resplandor de las hogueras,

en donde ardían los peleles, enterrábase con una extraña liturgia la sardina.

¿Qué rito misterioso cumplían aquellas gentes que, en medio de un desorden báquico, celebraban las prácticas de una tradición ignota? Acaso es preciso llegar hasta las viejas lupercales para encontrar algo que explique ó pueda dar origen á la absurda ceremonia. Una interpretación sin encanto afirma que aquí se llamaba antiguamente sardina á una loncha de tocino, que se enterraba ese día, para significar que comenzaban los ayunos y las abstinencias. En Lisboa, y para celebrar el fin de la Semana Santa, verifícase también con algazara el entierro del bacalao, lo cual ya se presta á más clara hermenéutica.

Pero nada como aquel anochecer entre los olmos y los cipreses del Canal. Aquellos alaridos como de endemoniados y aquel triscar en torno de las hogueras con los más chillones atavíos en la más loca mascarada. De pronto un silencio para escuchar las preces funerarias de la ceremonia, que se cumple con la más grotesca gravedad. Por un momento se oyen burlescos gorigoris y parodias de

misereres que hienden los aires como gemidos de ultratumba. Y de pronto otra vez la confusión de gritos bárbaros, de juramentos y blasfemias, de arrullos brutales y de coplas livianas. Hay manchas rojas en las vestiduras de las máscaras, rojas de vino ó de sangre.

En las tinieblas de la noche, como un fulgor de aquelarre, esplenden sus llamaradas las hogueras.



III

La devoción en la Corte.

Entre el *Pulvis eris...* del miércoles de ceniza y *Jam horam est de sonmo surgere* con que al propio tiempo que la resurrección de Cristo se celebraba la vuelta á la vida bulliciosa y alegre, permanecía la cristiandad española, y por ende la madrileña, sumida en un especie de místico letargo durante toda la Cuaresma.

Hacían penitencia los madrileños durante los cuarenta días del precepto, con la más seráfica de las unciones. Cierta en los más, porque la educación que recibieron era esa, y tratábase de gente poco dada á recibir de buen grado las innovaciones, tanto que su acostumbrada muletilla, para contestar á cualquiera que en no importa qué orden de

cosas quisiera recomendarles alguna novedad, era aquella tan cómoda y socorrida de: «Así lo hizo mi abuelo, así lo hizo mi padre, así lo aprendí yo y así lo aprenderán mis hijos.» Criterio con el cual no hubiera progresado, ciertamente, la Humanidad, si esa manera de pensar tan característicamente española hubiera sido aceptada por el resto de las naciones.

Y quien no creyera de buena gana en la necesidad de santificar la Cuaresma, librábase muy cuidadosamente de manifestarlo, pues sabía que para meditar cumplidamente sobre tan piadosos motivos habían de proporcionarle aposentamiento en los calabozos de la Inquisición, y menos mal si algún día no salía de la iglesia de Santo Tomás, con sambenito y coroza, detrás del estandarte donde se leía aquello de *Exurge, domine, et judica causam tuam.*

Madrid era ciudad ejemplar en materia de devoción, sobre todo en los siglos XVII y XVIII. La religión ostentábase con alarde que muchas veces no llevaba precisamente el ánimo á edificación. Los maestros de la novela picaresca nos han

dejado en pinturas inmortales el recuerdo de cómo la mixtificación y la estafa escondíanse con frecuencia bajo el hábito de estameña, porque entonces cualquiera que así lo tenía por conveniente, podía usar como vestido un hábito de religioso, sin pertenecer á ninguna regla ni vivir en comunidad, sino viviendo regaladamente en su casa, donde recibía de continuo copiosos donativos, en especie unas veces y en numerario otras. Afán de Ribera, en su «Virtud al uso, y mística á la moda», nos muestra cómo existía esta clase de hombres, que sin tener relación ninguna con la Iglesia secular ni regular, adoptaban el que se llamaba indumento de beatos, y alcanzaban, merced á su estameña, una existencia como no la hubieran conseguido sino después de largo tiempo de estudio de latines, teologías y cánones. Pues esos beatos, hombres zafios, groseros é ignorantones, siempre tenían para el vulgo un prestigio especial y superior al de los más sabios sacerdotes y monjes más austeros.

Cuando no para vivir bien en la ciudad, servía el hábito de beato para vivir bien en el campo, hurtando el cuerpo á

las persecuciones de la justicia. Desde el lado allá del Abroñigal, y á lo largo de las cuestas del camino de Alcalá hallaban albergue en cuevas, que unas veces la Naturaleza daba hechas, y otras labrábase el presunto inquilino, un considerable número de hampones de toda laya, que hacían parodia de los padres del yermo, y recibían allí la visita de sus antiguas daifas, que íbanles con socorros, cuando no llevándoles objetos hurtados, para esconder en las covachas de aquella Tebaida de jácara y picardía.

La Cuaresma era el gran pretexto para toda esta variedad de bellaquerías en las que á vuelta de sonoros puñetazos en el pecho, de arrastrar una carga de leña en figura de rosario, gritar jaculatorias y besar los suelos barriéndolos con las barbas, alcanzábanse prácticos rendimientos, que redundaban en asegurarse el regalo y el bienestar para todo el año, añadido y sazonado con la estimación de los hombres y la más cariñosa afición por parte de las mujeres.

No siempre fué patrimonio del sexo masculino este arbitrio para vivir magníficamente sin patrimonio conocido. Si

bien fué menor el número de beatas, cierto es también que fueron más celebradas y famosas. Y al hablar de ellas, no se puede por menos de hacer referencia á aquella maravillosa beata Clara, que desde fines del siglo XVIII, en que vino con su madre á vivir en Madrid, habitando en la calle de Cantarranas (hoy de Lope de Vega), núm. 6, hasta el día 14 de Julio de 1803, en que fueron aprehendidas por el Santo Oficio, ejerció una especie de arbitraje sobre la Corte de Madrid.

Fué tan grande su maña, ó tan escasa las luces intelectuales de aquellos eclesiásticos, que habiendo sido visitada y examinada, al principio de su vida en Madrid, por diversos padres graves de algunas comunidades, salieron los examinadores convencidos de las dotes de santidad de la beata, de quien ya comenzábase á decir que hacía milagros, y cuyas privaciones, ayunos, penitencias y flagelaciones eran ya conocidas por el vulgo. Pronto tuvieron su sanción estas opiniones en autoridades tales como don Anastasio Puyal y Poveda, Obispo auxiliar de Madrid, y el Nuncio de Su Santi-

dad, D. Pedro Gravina, Arzobispo de Nicea, quienes visitaban á diario la casa de Clara, habiendo llegado el representante del Papa á obtener para ella un privilegio tan especial y alto como el de que pudiera tener de manifiesto en su vivienda el Santísimo Sacramento.

La fama de la iluminada crecía, y tanto crédito había para ella en asuntos milagrosos que, según las gentes, había llegado *á poner huevos de gallina*, aunque, á decir verdad, según luego se supo, de gallina hubieran sido si hubiera acertado á ponerlos de algún modo. Algo poco piadoso debió ocurrirla en la vecindad de la calle de Cantarranas, por cuanto la beata apresuróse á cambiar de domicilio acudiendo á buscar aposentamiento en el otro extremo de la villa, yendo á dar con sus excepcionales virtudes en la calle de los Santos, esquina á la Carrera de San Francisco y frente por frente al convento de San Francisco, donde tomó por confesor al maestro de novicios Fray Bernardino Barón. En la nueva casa de Clara aumentáronse sus éxitos, y acrecióse notablemente su clientela. Allí acudían los ministros de

Carlos IV á consultarle los más arduos problemas del Estado, con lo que ella, puesta en oración y hablando siempre como por revelación divina, dictaba políticos consejos acerca del gobierno de España y de sus Indias. Allí, con solicitud admirable, presentábanse con las bolsas bien repletas las duquesas goyescas que acudían á solicitar su gracia en medio de sus caminos de pecado. Y allí, en fin, toda la sociedad de su tiempo, grandes y chicos, altos y bajos, llevándola el tributo de su fe, su admiración y su peculio.

Pero la ruindad de esta vida no respeta el misterio de las almas iluminadas. Y lo que es peor, aquel espíritu vidente no acertó á comprender dónde se había de encontrar con el fin y la destrucción de su imperio, tan ultraterreno y tan prácticamente material al mismo tiempo. No pudo verificarse de una manera más prosaica, y hubo de ser una criada despedida y despechada la que dió al traste con aquel artificio. Fué la moza, que había salido de la casa y servicio de la beata por cierta querella que con la madre hubo, á confesarse con el párroco de San Andrés, D. Rafael Oseñalde, y faltóla tiempo para

informarle al menudeo de las farsas de la iluminada y todos los engaños de la hipócrita embaucadora, que así convirtió en granjería la credulidad de sus contemporáneos. Averiguóse lo que decía la criada, siendo uno de los más eficaces testigos el pastelero de Puerta de Moros, proveedor en abundancia de los banquetes que Clara celebraba con sus amigos, cuando se retiraba de su casa la devota concurrencia. Así, no fue pequeña la sorpresa ni corto el susto de quienes frecuentaban el camino de casa de la beata, aunque no fuese más que para llevarse un poco de yeso de sus paredes en son de reliquia, cuando vieron el sello de la Inquisición sobre la puerta.

La beata madrileña era contemporánea de la de Cuenca, la iluminada de Villar de Aguilas; pero ésta era realmente una visionaria que carecía del aspecto pícaro con vistas al sibaritismo de la mistificadora de la Carrera de San Francisco. Fuera larga tarea enumerar todos los farsantes de ese género á quienes desenmascaró el Santo Oficio y proporcionó su merecido. Entre los anteriores á la beata Clara merece recordarse á Mateo

Rodríguez, el Esterero Santo, que gozó de extraordinario predicamento en Madrid, hasta que en 13 de Enero de 1638 salió del convento de Santo Domingo el Real para ser públicamente azotado en castigo á sus múltiples y burdas supercherías.

La norma de la piedad dábanla los reyes. Aquellos monarcas, que llevaban el título de católicos y reinaban sobre la nación más católica del orbe, tenían forzosamente que dar á sus vasallos un ejemplo constante de devoción. Por los días de la Cuaresma recluíanse en su hogar de penitencia, elegido en uno de los reales monasterios que en Madrid existían. El preferido no fué el de Atocha, con ser tan antiguas sus preeminencias. No fué el de las Descalzas, porque su condición de casa de religiosas no se prestaba realmente á dar alojamiento á los varones de la real familia y de la Corte. La misma razón auxiliaba á las monjas de Santo Domingo el Real, como la hubieran podido aducir en tiempo de Felipe III las de la Encarnación, y más tarde, en pleno siglo XVIII, las Salesas de Doña Bárbara de Braganza. Pero había un Real Mo-

nasterio de Jerónimos, situado en las afueras de la Corte, sobre unas alturas pintorescas, y donde podrían encontrar Sus Majestades un adecuado lugar para los recogimientos espirituales. Era el convento de San Jerónimo, que primero se llamó del Paso, y hubo de fundarse á orillas del Manzanares en tiempo de Enrique IV de Castilla, rememorando cierto paso honroso en que D. Beltrán de la Cueva repitió el lance caballeresco de Suero de Quiñones. Más tarde cambióse el nombre del Paso por el denominativo de Real, y en tiempo de Isabel la Católica, los frailes, que se quejaban de lo malsano de aquel paraje en las márgenes del río, alcanzaron el permiso para trasladarse á los lugares donde todavía podemos ver su iglesia, aunque hayan desaparecido los extensos terrenos de su huerta. En San Jerónimo tenían los reyes su aposento de meditación cuaresmal, y á aquella parte del convento se la llamaba el Buen Retiro, porque de Buen Retiro se calificaba la temporada que los monarcas dedicaban á los ejercicios espirituales.

Don Felipe I había sido poco amigo de

los jerónimos. Tanto, que el marido de Doña Juana la Loca decidió reunir en un maestrazgo las cuantiosas riquezas de esa comunidad y disolverla para disponer de los bienes. Pero aconteció que al ir á firmar el decreto se lo rompió la pluma, y como le ocurriese lo propio con otras tres que á continuación le fueron ofrecidas, dió en supersticioso y tomó el caso como aviso del cielo, con lo que ya no quiso pensar en abolir en sus Estados las comunidades de jerónimos.

Y los frailes de tan opulenta Orden no sólo siguieron viviendo, sino que vivieron cada vez mejor. Carlos V, tan gran gastrónomo y gran comilón, que se desayunaba con un capón cocido con leche y especias, no podía por menos de tener una grande amistad con los frailes que mejor se cuidaban. Harto se lo demostró eligiendo para fin de sus días un monasterio de esa regla, como era el de Yuste. Felipe II, de carácter muy distinto del de su padre, frecuentó el convento de San Jerónimo, no como glotón, sino como hombre piadoso. Él fué el primero que hizo allí sus ejercicios espirituales, y allí acudió también mientras estuvo en Ma-

drid su hijo Felipe III, extremado en sus penitencias, hasta el punto de disciplinarse con todo rigor, haciéndose brotar sangre. Felipe IV cobró gran afición á su departamento de los Jerónimos, y entonces fué cuando el Conde-Duque quiso hacerle el espléndido regalo de un palacio con jardines y bosques al lado del monasterio, y tomando el nombre de la estancia devota. Así nació el Real Sitio del Buen Retiro.

Entretanto, damas y caballeros, villanas y rufianes, hacían diversión de la visita á las iglesias. Las famosas arrebozadas eran continuos pretextos para toda liviandad. Y si no ya en los atrios y en las lonjas, pero en el interior de las iglesias atendían á sus devaneos, con todo olvido de la santidad del lugar en que se hallaban, ¡qué no harían en los lugares más escondidos de los mismos recintos! Memorables fueron los escándalos de la bóveda de San Ginés, adonde en revuelta confusión de sexos y en medio de las tinieblas más absolutas desnudaban sus carnes los penitentes y mutuamente se azotaban.

La llegada de la Semana Santa aumen-

taba el holgorio de aquella sociedad, que ponía sobre todo lo bueno y lo malo de su vida un manto de misticismo. Los galanes regalaban el Miércoles Santo á sus damas matracas de maderas escogidas, y en las que se grababan símbolos de amor divino, juntos con otros del humano Y el Jueves Santo, á las puertas de las iglesias, establecíanse puestos de comer y de beber, con toda suerte de vituallas y golosinas. En el interior de los templos había *colaciones* para refección de los que velaban al Santísimo, y se continuaban grandes desórdenes y licencias. Así, dice Andrés Riverano:

«El escándalo ha llegado
en España á tal aumento,
que en banquete descarado
se convierte el monumento
de Cristo Sacramentado.»

Y Vargas escribe los siguientes versos:

Fuí á la iglesia con las niñas
el día de Jueves Santo,
é acallamos nuestro llanto
empapándole en rosquillas.»

Durante la Cuaresma, los jóvenes de las mejores familias de la Corte salían por las noches con sus amigos y criados, vestidos de disciplinantes y alumbrándose con hachas de viento. Así recorrían las calles, contemplados por las damas desde ventanas y balcones, y haciendo de aquellas extrañas devociones galantes romerías. A veces unos disciplinantes tropezábanse con otros, y disputaban el mejor derecho al paso de una calle. Entonces remangábanse los hábitos y concluían las espadas la querella.

Y si esto era en la Cuaresma, no ha de extrañarse que en los días de Jueves y Viernes Santo llegáranse á los mayores excesos de todo género. Los monumentos hallábanse abiertos toda la noche, y las orgías más desenfrenadas se sucedían al fulgor de sus cirios. Los católicos del día pueden decir, sastifechos, que nunca como ahora guardóse el decoro de la casa de Dios.



IV

Devociones madrileñas.

La reciente translación de la imagen de la Virgen de la Paloma á su nuevo templo y la celebración anual de la romería de la Cara de Dios prestan cierta actualidad en estas fechas al recuerdo, no ya sólo de esas dos, sino de las varias imágenes que en la villa de Madrid se han venerado y algunas se veneran todavía.

La iconografía devota de la Corte ofrece un vario catálogo de representaciones de la Virgen María, de Jesucristo y de ciertos santos predilectos del pueblo madrileño, que es curioso observar y anotar, como detalles peculiares de su idiosincrasia y característicos de las religiosidades populares.

Tres advocaciones de Nuestra Señora han sido—dos de ellas desde tiempo in-

memorial, y la tercera desde hace poco más de un siglo—las que Madrid ha venerado con un fervor mayor. La de Atocha, la de la Almudena y la de la Paloma. Algunos noticieros mal enterados han llamado Patrona de Madrid á esta última, pero sólo son las dos primeras las que, con San Isidro Labrador, ostentan ese título de patronato.

En el siglo XVII movió calurosamente los ánimos esta cuestión, siendo por aquellos tiempos cuando los escritores más preclaros escribían, no ya composiciones, sino hasta libros enteros, sobre esos asuntos patronales, ora ya acerca de Madrid, ora ya refiriéndose á España entera. Lope de Vega hizo uno de ellos. Quevedo empleaba su alta pluma en defender á Santiago contra Santa Teresa en el patronato nacional, y en el famoso memorial á Felipe IV se acuerda de su devoción de madrileño con aquello de:

«y al gran San Isidro, ni ermita ni cerro.»

En el año 1643 adquirió en Madrid grandes proporciones la cuestión de elegir Patrona entre las advocaciones de

la Virgen. Había diferentes partidos. Quién, se pronunciaba por la de los Remedios, que se veneraba en la Merced; quién, por la Soledad, del convento de la Victoria; no faltaban los decididos por la del Buen Suceso, sobre todos hallábanse los que alzaban pendón, de un lado, por la de Atocha, y de otro, por la de la Almudena.

Fueron triunfantes los fieles de la Virgen de Atocha, á la que con tal motivo trajeron desde su monasterio, al de las Descalzas, donde la tuvieron ocho días, haciéndola grandes fiestas. No era la primera vez que esa imagen se trasladaba al convento fundado por la Infanta doña Juana. En 1598 habíase verificado la misma translación, y no debieron ser muy edificantes las escenas que en la confusión del templo tenían lugar, por cuanto don Antonio Martínez Salazar, en su «Colección de memorias y noticias del Gobierno en general y político del Consejo», dice que «mandóse que un alcalde, con dos ó tres alguaciles, asistieran al monasterio hasta que se cerraran las puertas al anochecer, para impedir los desórdenes experimentados en

el poco tiempo que estuvo allí la imagen».

Tan remoto había querido hacerse el origen de la Virgen de Atocha, que se la consideró nada menos que como obra de San Lucas y de Nicodemus, traída milagrosamente desde Antioquía, en cuya manera de escribirse (Antiochía) quieren encontrar algunos la razón etimológica de ese nombre. Otros, enemigos de remontarse, quieren que proceda de la denominación de la hierba tocha, ó atocha, por haber gran abundancia de ella en el lugar donde fabricóse la ermita, campo que se llamaba del Atochar ó de los Atochares.

La capillita primitiva tenía ya cierta importancia en el año 1162, en que el arzobispo de Toledo la puso bajo la jurisdicción de la abadía de Santa Leocadia, en aquella ciudad. Y en el año 1523 fué cuando el inquisidor general, D. García de Loaysa, más tarde arzobispo de Sevilla, y fray Juan Hurtado de Mendoza, del Orden de Predicadores, decidieron fundar un monasterio de la religión dominicana. Hallábase á la sazón en Vitoria el recientemente elegido Papa, Andriano VI, que había sido ayo de Carlos V y

obispo de Tortosa, y á él acudieron con su demanda. El cardenal Fonseca, arzobispo de Toledo, y el entonces abad de Santa Leocadia, que era el madrileño don Gutierre de Vargas y Carvajal, hijo de D. Francisco, «el Averiguador», y más tarde obispo de Plasencia, no se opusieron á semejante cambio, y el nuevo Pontífice atendió en seguida á los solicitantes. El monasterio de Nuestra Señora de Atocha, que tanta importancia había de tener, y cuya iglesia llegaría á ostentar el título de basílica, quedaba fundado, viniendo de Talavera, el 11 de Mayo de aquel año, los primeros frailes de la naciente comunidad.

La Virgen de Atocha llevaba, como la de la Almudena, unido su nombre á los episodios de la conquista de Madrid. En la leyenda ha quedado el nombre del caballero Gracián Ramírez, que degolló á su mujer y á sus hijas porque no cayeran en poder de los musulmanes. Luego que los cristianos triunfaron, fué Ramírez á orar devotamente ante la imagen de Atocha, y la Virgen premió su celo con el milagro de devolverle vivas y sanas á la mujer y á las hijas, sin más recuerdo de

lo pasado que la señal del cuchillo matador. El prócer ingenio de D. Francisco Rojas Zorrilla tomó inspiración en esta leyenda para escribir su comedia «Nuestra Señora de Atocha».

Y ese monasterio que ostentó el nombre de Real, fué teatro de mil interesantes episodios históricos. Allí vivía el padre Aliaga, confesor de Felipe III; allí el padre Froilán Díaz, cuyo nombre, como el de ese convento, va unido á la historia de los hechizos de Carlos II. Felipe V, que hizo al llegar á Madrid pública muestra de su devoción á la Virgen de Atocha, concedió á la comunidad el privilegio de vender dos títulos de Castilla en provecho para el convento, privilegio que más tarde, y aumentándose el número de los títulos, concedió también Fernando VII á los mismos frailes. Agradecido en verdad podía estarles, porque pocos partidarios pudo tener más decididos y fervientes. Allí se reunían los conjurados de 1814. De allí salió aquel manifiesto de los Persas.

La costumbre de acudir los sábados la Corte con todo su aparato á rezar la Salve en aquel templo, mantenía con esplen-

dor sus tradiciones. En aquella iglesia se guardaba el vestido suntuoso, verde, con los leones y castillos de las armas españolas bordados en oro, que la reina Isabel II llevaba puesto el día del atentado del cura Merino. Aquella iglesia, donde se conservaban las banderas que recordaban las glorias militares españoles, tuvo su último episodio histórico con la visita de D. Amadeo I á la capilla ardiente del general Prim. Trasladada la imagen al Buen Suceso y derribada la iglesia, quedan en el viejo solar de la basílica, esperando la terminación del panteón y la reconstrucción del templo, los enterramientos de algunos célebres varones. Allí reposan: Castaños, Palafox, Prim, Ríos Rosas, D. Manuel de la Concha y, aunque parezca un poco extraño, D. Práxedes Mateo Sagasta.

No era sólo la Virgen de Atocha la imagen que recibía veneración en su iglesia. Hallábase allí también la Virgen del Milagro, así llamada, porque al ser traída á Madrid, detúvose el carro que la conducía junto al convento, sin que consiguieran arrancarle de allí fuerzas humanas; consideróse que era voluntad de

la Virgen tener en aquella santa casa su aposento. Pero después de la efigie de Nuestra Señora, la imagen más famosa del templo era el Santo Cristo de Luca, que también era llamado el Cristo del zapato. Ocurrió que un embajador italiano, cuyos asuntos en la corte tardaban en resolverse, decidió acudir á la protección de la Virgen de Atocha pidiéndola que viniese en su ayuda. También le oyó la Virgen, que al siguiente día todos los negocios que de su país había traído el embajador hallábanse concluídos y arreglados. Y como hubiese prometido á la Virgen que la haría el mejor regalo que pudiera, así que llegó á Luca, que era su patria, hizo copiar exactamente el célebre Crucifijo, que se veneraba en aquella ciudad, y envióle á la iglesia de Atocha, considerando, según dijo, que ningún presente mejor podía ofrecer á la Santísima Virgen que su propio hijo.

Llegó el Cristo suntuosamente vestido; tan suntuosamente, que hasta zapatos de plata habíanle puesto. Y así ocurrió un milagro que ha quedado en tradición y dió nombre madrileño al Crucifijo italiano. Fué el caso que un ladrón robó

uno de los argentinos chapines que el Cristo poseía, y habiendo sido preso por su delito, manifestó en su disculpa que Jesús mismo se lo había regalado. Y habiendo ido el juez, como en la leyenda toledana del Cristo de la Vega, á pedir declaración á la imagen del crucificado, la efigie del Redentor habló también para decir que, en efecto, él regaló á aquel hombre uno de sus zapatos para que se remediase en una necesidad. Quedóle calzado un solo pie, y así es como el que estas líneas escribe recuerda haberle visto en la basílica mientras le referían la leyenda del Cristo del zapato, que entonces impresionó grandemente su imaginación infantil.

A la par que se habla de la Virgen de Atocha debe hablarse de la de la Almudena, la cual, aunque sin la brillantez que la primera, ocupa un lugar preferente, y acaso más íntimo, en la historia madrileña.

Trescientos sesenta y tres años escondida en un cubo de la muralla madrileña estuvo esta Virgen, que por encontrarse el sitio en que fué hallada cerca de la casa que los árabes llamaban Almudena,

que viene á ser como alhóndiga, dióse ese nombre á la imagen de Nuestra Señora que se aparecía á los madrileños de la Reconquista en perfecto estado de conservación, á pesar de estar hecha en madera vulgar y guardada tanto tiempo en sitio húmedo y sombrío. Con que habiéndose levantado sobre la mezquita el primer templo que tuvo la villa después de rescatada, y que, desde luego, se dedicó á la Madre de Dios, llamándosele de Santa María, como se juzgase que ningún aposentamiento había de ser tan adecuado para la imagen de la Almudena como esa iglesia, fué llevada á ella con grande pompa y aparato.

Durante la Edad Media compartió esta Virgen los honores de culto con la de Atocha, aunque desde la fundación del monasterio de esta última, vino á quedar un tanto obscurecida. Sin embargo, las personas reales recordábanla á veces. Así, en 1616, hubo de recibir el regalo de una corona que la enviaba la reina de Francia, Ana de Austria hija de nuestro Felipe III y mujer de Luis XIII.

Cuando en 1624 hallábase la primera esposa de Felipe IV, doña Isabel de Bor-

bón, embarazada de la infanta doña Margarita, encomendóse solemnemente á Nuestra Señora de la Almudena, y entonces fué ocasión de que se descubriera otra imagen mural, que se supuso del tiempo de Alfonso VI, tras el retablo de la iglesia de Santa María. Porque realizándose algunas obras en el templo, apareció la dicha pintura algo toscamente pintada y á la que se llamó Nuestra Señora de la Flor de Lis, porque tenía una azucena en la mano. Con lo cual concluyeron algunos cronistas, entre ellos Jerónimo de Quintana, que siendo esa flor emblema de los reyes de Francia desde tiempo inmemorial, debía proceder de la época de alguna reina francesa, y recordaban que doña Constanza, mujer de Alfonso VI, fué princesa de ese país.

La devoción de doña Isabel de Borbón á la Almudena trajo á esta imagen nuevos días de esplendor. De aquella época debe ser esa efigie suya en piedra que actualmente se halla en el murallón contiguo á la Cuesta de la Vega, y á la cual no puede concederse en todo caso antigüedad superior á la época de Felipe III, pues fué en tiempo de este monarca

cuando por capricho de una dama que regaló su más costoso guardainfante para vestir á una Virgen, se inició la costumbre de darlas ese aspecto triangular, tan poco severo y tan ausente de elegancia. La construcción de la nueva catedral y la terminación de la cripta donde se ha colocado la imagen de la Almudena, á quien está el templo dedicado, han dado á esta Virgen tan madrileña todo el realce que su tradición merecía.

La tercera de las Vírgenes favoritas de los madrileños es la de la Paloma, cuyo culto ha adquirido también ahora una gran importancia. Carece del abolengo de las de Atocha y la Almudena, y en armonía con su aspecto y con su historia, es la de carácter más popular y sencillo. En un corral propiedad de las monjas de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares, hallábase entre unos montones de leña esta imagen, que se supuso de la Virgen de las Maravillas, aunque el que esto escribe cree que era, sin duda, una reproducción de la Soledad, á la que en seguida nos referiremos, y es también de las imágenes de abolengo en Madrid. Una piadosa mujer, An-

drea Isabel Tintero, compró el lienzo de la Paloma á unos muchachos que jugaban con él, y después de limpiarlo, púsolo devotamente en un retablillo del portal de su casa. Después, en 1795, hízose por el arquitecto Francisco Sánchez, discípulo de Villanueva, la capillita primitiva, donde, á más del culto popular, recibió la adoración constante de dos reinas, María Luisa de Parma, y luego Isabel II, que fueron sus devotas más acendradas.

La Soledad ostenta el mérito de ser una obra de arte que tiene también su tradición. La reina Isabel de Valois encargósela al famoso escultor Gaspar Becerra, para que copiase en talla una imagen pintada que ella trajo de Francia. Becerra intentó en dos maneras la ejecución de su obra, sin el éxito que él quería, y de pronto, como si atendiese á una inspiración suprema, apartó de la chimenea un leño que ya comenzaba á arder, y en él fué en el que pudo labrar esta imagen, que la reina, sumamente sastisfecha de la escultura de Becerra, hizo llevar al convento de la Victoria, de religiosos misioneros de San Francisco de Paula,

que se hallaba en la Carrera de San Jerónimo, y fué fundado con la eficaz ayuda de la propia doña Isabel.

Un siglo después de la fundación del convento, en 1660, edificóse en él una capilla especial para la Soledad, inaugurándose el 19 de Septiembre de aquel año, con grades fiestas y procesión general, á las que asistió toda la Corte. La villa de Madrid acudía en sus necesidades á esta imagen, llevándola en rogativa hasta el real monasterio de la Encarnación, y todos los años sale en la procesión de Viernes Santo desde su capilla actual, que es en la parroquia del Buen Consejo, dentro de la Colegiata de San Isidro.

La Virgen del Buen Suceso es otra de las imágenes madrileñas más célebres. cuyo nombre va también enlazado al de la Casa Real. Hallábanse en viaje para Roma, en el año 1606, dos hermanos de la congregación de los Obregones, que en aquella sazón era la encargada de atender al hospital para soldados y criados de la Real Casa, que fundó en 1529 el Emperador Carlos V, con el título de San Andrés el Real de la Corte; y como en las

montañas entre Jana y Triguera, lugares del obispado de Tortosa, les sorprendiese una furiosa tempestad, determinaron guarecerse en una cueva, donde hallaron una imagen de la Virgen, á la que después de adorar, llevaron con ellos á la Ciudad Eterna.

Estos obregones, que se llamaban Gabriel de Fontanet y Guillermo Martínez de Rígola, acudían á solicitar del Papa el uso de la cruz morada, que luego fué su distintivo, y cuando se presentaron á Paulo V con la imagen encontrada, el Pontífice les concedió lo que pedían: veneró la Virgen á la cual puso el nombre del Buen Suceso, y la presentó una cruz de oro. Vueltos á Madrid, los hermanos pusieron la imagen en una sala del Hospital General, hasta que elegido Fontanet para el cuidado de los enfermos en el hospital de soldados y criados de la Real Casa, que fundó en 1529 el emperador Carlos V con el título de San Andrés el Real de la Corte, llevó consigo la Virgen D. Pedro Fernández de Navarrete, administrador que era del hospital, la pasó á una capilla de la iglesia en 6 de Julio de 1611, pero creció tanto la devoción de

los fieles, que en 19 de Septiembre de 1641 trasladóse al altar mayor, celebrándose en Madrid con tal motivo extremas fiestas y extraordinarios regocijos. La Virgen del Buen Suceso acabó por dar nombre al templo y al hospital, tan célebres después. En aquella iglesia se celebraba la famosa misa de dos, en sufragio por el alma de la víctima de un error judicial. Una criada, á quien se ahorcó como culpable de robos, que, según luego se averiguó, había cometido una urraca. En el patio del Buen Suceso fueron fusilados muchos infelices la noche del 2 al 3 de Mayo de 1808. Y tras los trágicos recuerdos viene un cómico episodio. Cierto día, entrando á una función en ese templo, robaron una tabaquera de oro y brillantes al Rey de las Dos Sicilias, cortándole un faldón de la casaca. El reloj del Buen Suceso era uno de los característicos de Madrid, y tan unido á la historia de la Puerta del Sol como la fuente de la Mariblanca, que se alzaba delante de la fachada de este hospital.

Fué otra Virgen muy famosa en su tiempo la de Constantinopla, que se veneraba en el convento de la Salutación

de Nuestra Señora, de religiosas franciscas, y se hallaba en la calle Mayor. La imagen fué traída de Nápoles por doña Jerónima de Luján, hija de D. Rodrigo, Presidente de aquella ciudad, y había sido hallada en Constantinopla por un ermitaño napolitano llamado Juan Marín, que debió su vida y grandes favores á esa Virgen, no sólo librándole de ser asesinado por los turcos, sino también de los horrores de un naufragio cuando, llevándola consigo, tornábase á su patria. Por esa razón Nuestra Señora de Constantinopla fué venerada como abogada de los navegantes.

Virgen muy madrileña y que dió nombre á su barrio era la de las Maravillas, que se veneraba en el monasterio real de San Antón, de religiosas de la orden del Carmen recoletas, y se hallaba en la calle de Hortaleza, fundado en 1612 por doña Juana de Barahona. La Virgen, que se llamó de las Maravillas, estaba en Rodoviejas, pueblo de la provincia de Salamanca, y vino á Madrid á poder de Ana María del Carpio, pero fueron tantos los milagros que obró, que el vicario determinó que fuese llevada á lugar pío,

y echándose suertes cayó en ese monasterio, que ya se había trasladado á la calle de la Palma, y adonde fué llevada el dia 1.º de Febrero de 1627. Creció tanto la devoción, que Felipe IV determinó que se la labrase iglesia propia tomando el patronato del convento, como así se hizo, colocándose la Virgen en su templo el 2 de Febrero de 1646. No es menester encomiar la fama del barrio de Maravillas y la importancia de esta Virgen, á la cual se dirigieron siempre las atenciones reales, siendo Fernando VII uno de los grandes favorecedores de este convento, al cual visitaba con tanta frecuencia como el de las Descalzas Reales.

Una institución madrileña de la importancia de La Inclusa debe también su nombre á una imagen. La Casa Real de Nuestra Señora de la Caridad y San Josef, de niños expósitos, tuvo comienzo el 21 de Mayo de 1567; se fundó en el convento de la Victoria una cofradía de Nuestra Señora de la Soledad, para recoger los niños abandonados. Juntáronse grandes limosnas y fondos. Compraron una casa cerca de la iglesia de San Luis, y luego la casa de la calle de Preciados,

con vuelta á la Puerta del Sol y calle del Carmen, donde junto con el Colegio de la Paz permaneció este instituto cuando fué extinguida la congregación primitiva, y quedó bajo el patronato real. Ambas instituciones trasladáronse juntas á la calle de Embajadores, donde se hallan, y allí también las acompañó la imagen, que por corrupción se llamó de La Inclusa, y es corrupción del nombre flamenco de Euckuisen, lugar de donde un soldado de Felipe II trajo esa figura de Nuestra Señora.

Muy venerada es también la Virgen llamada de la Carbonera, que se halla en el monasterio del Corpus Christi, en uno de los más bellos rincones madrileños, la plazuela del Conde de Miranda, tan apacible y tan serena, y fué fundado por la condesa de Castellar, doña Beatriz Ramírez de Mendoza, gran devota del Santísimo Sacramento, que fué allí colocado el 28 de Septiembre de 1607, y al que está dedicada la iglesia. Sin embargo, todo el mundo llama á ese convento el de las Carboneras, por la imagen de la Concepción, que allí se halla, y fué donada por un religioso francisco descalzo,

que la encontró en una carbonera, y llamábase fray José Canalejas.

La Virgen de los Afligidos recuerda los días en que unos clérigos irlandeses, al tiempo que bastantes católicos ingleses, vinieron á recogerse en España huyendo de la revolución de Inglaterra, que costó la vida al Rey Carlos I. Establecieron los irlandeses su convento y colegio en el camino de San Bernardino, y cuando se trasladaron á la calle del Humilladero quedó la Virgen, que tan justamente se había llamado de los Afligidos, en el altar mayor de la iglesia, que en 1635 pasó á ser de los canónigos regulares premostratenses de San Norberto. El convento se llamó entonces de San Joaquín, pero, sin embargo, tanto como la iglesia y el barrio, no fué conocido sino por el nombre de la Virgen.

El convento de San Agustín, de religiosos Recoletos, cuya denominación se hizo extensiva al lugar en que se encontraba, tenía una iglesia suntuosa, hallándose enterrados en ella doña Eufrasia de Guzmán, Princesa de Asculi, fundadora del monasterio; los dotadores del templo, D. Pedro Fernández del Campo, Mar-

qués de Mejorada, y su mujer doña Teresa de Valladares, que tenían unos magníficos sepulcros de mármol, y dos hombres tan notables como el insigne Saavedra Fajardo y el célebre abate Pico de la Mirandola. En este templo, donde se veneraba otra imagen famosa, el Santísimo Cristo del Desamparo, que también se llamaba de los Siete Reviernes, y del que se hablará después, hallábase una Virgen célebre que recordaba nuestras glorias de Indias. La de Copacavana, copia fiel de la que se veneraba en los reinos del Perú, y fué aquí colocada por fray Manuel de Aguirre en 21 de Noviembre de 1662. Lo que hoy se llama paseo de Recoletos, llamábase entonces Copacavana por dicha imagen, y era una solana adonde los graves caballeros acudían á pasear en el invierno, divirtiéndose en honestas pláticas y acompañándose de algunos religiosos amigos.

No puede hablarse de imágenes madrileñas sin nombrar la del Puerto, cuya iglesia se halla en un bello paraje á orillas del Manzanares. Fundó esa iglesia el Corregidor de Madrid D. Francisco Antonio Salcedo, Marqués de Vadillo,

quien el sábado 10 de Septiembre de 1718 hizo traer la imagen en solemne procesión desde la iglesia del Colegio Imperial. La pradera en que está edificado el templo y donde aún se celebra la romeria el día 8 de Septiembre, estuvo en cierta boga á fines del siglo XVIII, recibiendo entonces el nombre de Paseo Nuevo de la Corte.

Y fuera imperdonable omitir el recuerdo de la Virgen de la Novena, la patrona de los comediantes, que tiene su capilla en San Sebastián. Hallábase la imagen en la calle del León, esquina á la de Santa María, y como una mujer llamada Catalina Flores, mujer del buhonero Lázaro Ramírez y padre de la actriz Bernarda Ramírez, sanase por haberla dirigido sus preces cuando se encontraba baldada y por vivir enfrente la rezaba desde detrás de la ventana, comenzó á cobrar la imagen fama de milagrosa, y á ser grande la devoción que la probaron los comediantes, hasta el punto de trasladarla á la iglesia de San Sebastián y fundar la Congregación de la que se llamó Virgen de la Novena, cuyos primeros congregantes fueron

Cristóbal de Avendaño, Lorenzo Hurtado de la Cámara, Manuel Alvarez Vallejo, Tomás Fernández de Cabredo y Andrés de la Vega.

En San Pedro está la Virgen de las Lluvias, que, como su nombre indica, figuraba en las rogativas para que terminaran las sequías. Muy madrileña era también la del Amor de Dios, notabilísima pintura de Francisco Camilo, que se hallaba en la iglesia de los religiosos de San Juan de Dios y perteneciente al hospital de Antón Martín. Y no puede dejarse sin recuerdo la hermosa imagen de Santa María de Gracia, que se hizo en 1540 por devoción del caballero Francisco Ramírez y dió nombre á una Congregación de las más nobles personas de la villa, instalándose en la iglesia de la Vera Cruz, que estaba al lado de la Puerta de Moros, y en la cual iglesia se guardaban también los pasos que salían en la procesión de Jueves Santo.

No hay para qué hablar de imágenes tan conocidas como las de San Isidro, que se hallan, la principal en la Colegiata, desde que Carlos III lo dispuso así y se verificó en 20 de Enero de 1769. La

que existe en la suntuosa capilla que tiene el Santo Labrador en la iglesia de San Andrés y fué construída y decorada con dinero enviado de América por los virreyes. La que se halla en la ermita del Cerro, fundada por la Emperatriz Isabel en 1528, y reconstruída por don Baltasar de Zúñiga, Marqués de Valero, en 1724. Y á más las que se veneran en las otras tres capillas que tiene: la de la calle del Aguila, donde se conserva una de las arcas donde estuvo el cuerpo del Santo; la de la casa del conde de Paredes, en la plaza de San Andrés, y que se supone que ocupa el mismo sitio que la estancia donde murió San Isidro, y la de la calle del Almendro, en el patio de la casa del Marqués de Villanueva de la Sagra, y donde, según la tradición, recogía el Santo su ganado.

La escultura religiosa más notable que hubo en Madrid era, sin duda, el San Bruno que había en la Hospedería que los Cartujos tenían en la calle de Alcalá, obra de Manuel Pereyra, el admirable imaginero, de quien también eran el Cristo del Perdón, que estaba en el convento del Rosario, y de quien es asimis-

mo el San Antonio que hay en la iglesia del Refugio, bastante mejor que el de Ginés que existe en la ermita de la Florida. Y en la lista de imágenes notables no puede faltar el Cristo del Desamparo, más arriba citado, que se veneraba en los Recoletos y era la mejor obra del famoso Alonso de Mena.

Otros Cristos célebres, sino por su arte, por lo menos en gracia á su tradición, fueron el de la Paciencia, azotado por unos judíos que vivían en la calle de las Infantas, en las casas del licenciado Barquero, y se entregaban á tremendos desmanes con el Santo Crucifijo, hasta que descubiertos cayeron bajo el poder de la Inquisición, y á más de solemnes desagravios, en los que tomaron parte los Reyes, fundóse sobre las casas de los judíos, que habían sido arrasadas, el convento de Capuchinos, cuyos solares son ahora la plaza de Bilbao.

En San Sebastián tiene su capilla, á la izquierda, entrando por la calle de Atocha, el Cristo de la Fe, que también se llama de los Guardias, porque pertenece al cuerpo de Alabarderos. Por cierto que esta imagen tuvo á sus pies, hasta no

hace muchos años, la bandolera azul y plata de un guardia de Corps, inquietante recuerdo de una aventura que comenzó en amor y terminó en piedad.

En la capilla de Jesús, edificada por el Duque de Lerma, D. Francisco Gómez de Sandoval, está el famoso Nazareno, cuya boga es ahora tan grande en los viernes de Marzo. Célebre fué esa capilla, que se hizo para el convento de la Encarnación, de religiosos descalzos de la Orden de la Santísima Trinidad, y á la cual asistían las más famosas comediantas á la llamada misa de hora, no siendo menor su celebridad en los días de las llagas de Sor Patrocinio, que vivió en ese convento. El Nazareno fué preso en 1681 por Muley Ismam, Rey de Fez, quien lo tomó en el fuerte de la Mamora, y fué rescatado al año siguiente por los Trinitarios con otras imágenes y vasos sagrados.

Y para terminar de referir las tallas curiosas que en Madrid se conservan, citaráse al Niño Montañés, que existe en las Comendadoras de Santiago, y cuyo nombre va unido á la tradición de la calle del Acuerdo, y como curiosidad,

haráse mención del Cristo de los Traperos, que estaba en la Concepción Jerónima, y al cual se hacía todos los años una espléndida función con el producto de las crines y colas de los caballos que morían en la Plaza de Toros.

Una imagen en lienzo atrae sobre todas la devoción de los madrileños y da motivo á una de las más típicas romerías. La Cara de Dios. Esta venerable reliquia fué regalada por el Papa al cardenal Homo-Dei, quien á su vez hizo presente de ella á su hermano D. Carlos, Príncipe Pío de Saboya. La Princesa doña Leonor de Moura y Corte Real, cuarta Marquesa de Castel-Rodrigo, fundó la capilla en 1657, no haciéndose pública hasta 1700, en que se abrió puerta á la calle, y en 1729 colocóse en ella el Santísimo Sacramento. Derribada la capilla primitiva, ha sido sustituída por otra de moderna construcción.

Largo sería hablar de las imágenes características de distintas regiones de España que tienen aquí su copia, desde las más conocidas, como la del Pilar, de Zaragoza, ó los Desamparados, de Valencia, hasta otras menos sabidas, como

la de Valvanera, que los riojanos tenían en San Martín y ahora en San Ginés, ó la de la Fuencisla, que los segovianos encuentran en la iglesia de Santiago. Por eso hemos circunscrito la relación á las imágenes típicamente madrileñas, á cuyo recuerdo en las iglesias puede añadirse el de las ermitas campesinas, como fueron la del Ángel, á la entrada de la Casa de Campo; la de San Dámaso, Papa madrileño, en el puente de Toledo; la de Santa María de la Cabeza, á la derecha del paseo de las Delicias; el Humilladero del Cristo de la Oliva, en el camino de Atocha, y la ermita de San Blas, en el cerrillo de su nombre.

Y para la devoción callejera quedan el Arco de Santa María, nombre que se dió á la capilla de la Soledad por el Marqués de Navahermosa en 1712; la de la Portería, en la calle de Santa Isabel, construída por el Marqués de la Solana, D. Juan Morante de la Madrid, en su casa de la calle de Santa Isabel, año de 1734, y reedificada al rehacerse la finca, y la de los Desamparados, que estaba en un piso bajo de la casa de la plaza de Santa Catalina de los Donados, casa del Marqués

de Cusanos. Quedando todavía algunos retablos en los portales, como el Cristo de Maravillas, en la calle de Calatrava; la Virgen del Rosario, en la de Cabestreros; la del Carmen, en la calle de la Villa, y la de la Soledad, en la calle de Embajadores.

¡Imágenes de portal, que tantas cosas ven! Ellas me recuerdan á aquel Duque de Arcos, quien teniendo amores con la famosa comedianta y tonadillera María Ladvenant, que vivía en una casa cuyo portal tenía un retablillo, lanzaba todos los días un pañuelo al rostro de la imagen para que no le viera entrar en casa de la amante.



V

¡Eh, á la plaza!

¡Plaza, y despejen, que á la plaza vamos!

Y hay una algazara campanillera, y suenan á un tiempo los pretales de cascabeles, y el restallar de las trallas, las coplas de los escandalosos que hacen su orfeón en lo alto de una góndola que se bambolea, los pregones de los vendedores, los requiebros á gritos, y las risotadas de la moza que pasa en la manuela, hija de la calesa, y esplende como una bandera triunfal el pañolón de Manila con sus grandes floripondios bordados y sus chinos de china.

El agua de la fuente del Berro, la que en otro tiempo estaba bajo llave, como un tesoro, para que no la bebieran más que los reyes de España, ese agua maravillosa que hizo á Pedro Chamorro

favorito de Fernando VII, es licor para todos, serenada en el blanco barro andujareño de los primeros botijos del año, nuncios de los días de San Isidro, y adelantados de las benditas horas del verano, cuando el calor, que es la vida, hace vivir á todo el mundo.

Y las naranjas, frutas de fuego, y los claveles, flores de sangre y de voluptuosidad, reinan sobre la fiesta roja. Las duquesas llevan en sus tocados peinetas de carey que vinieron de Indias en los días de los virreyes, y sobre ellas el milagro sutil del encaje de sus mantillas almagreñas, la misma que llevaba quizá alguna de sus abuelas, una mañana en que, viniendo de casa de la beata Clara, pisó en las Vistillas la capa de grana de Pedro Romero.

Es domingo, y hay que ir á los toros. Esta diversión dominical, bueno es que se sepa á quién se debe. Precisamente á la majestad del rey José Bonaparte, que al mismo tiempo que mandaba decir misas de alba y media mañana en el Pósito y de dos de la tarde en Santo Tomás y en San Luis, disponía en el propio decreto, firmado por el Marqués de Alme-

nara, ministro del Interior, que se diesen cada domingo dos corridas de toros, de mañana y de tarde, á lo que se llamaba corrida completa.

Sólo un rey herejote como aquel pudo, y con éxito transcendental como vemos todavía, determinar que se verificaran en la santidad del domingo esas fiestas que la beatitud de Gregorio XIII, no se sabe si influída por el gremio de zapateros, ordenó que se celebrasen precisamente los lunes, para no mancillar con sangre el día dominical.

Pero los aficionados de ahora son unos pobrecitos, que no tienen para su regodeo en la capital más que una plaza de toros, y han de salir á las afueras cuando quieren variar de circo, en Vista Alegre ó en Tetuán, y descendiendo de categoría, en las Erillas bajas ó en las Ventas, llegando hasta el terreno íntimo y familiar de los recintos de Puerta de Hierro y de la China. Allá por el siglo XVII, se las componían mejor, y sin necesidad de salir extramuros más que para la plaza que había en el Soto de Luzón, encontraban unas cuantas en el interior de la villa.

Porque para las corridas solemnes y oficiales, estaban el Campo del Rey, delante del Alcázar, ó sea lo que es hoy plaza de la Armería y, sobre todo, la plaza Mayor, donde tan pronto había una procesión de azotados y emplumados, como una pista para correr sortijas y estafermos, y una ejecución capital ó un auto de fe, como una estupenda corrida de toros. Se ignora si podía haber alguna relación entre las fiestas de toros y la ejecución de la última pena; pero no deja de ser curioso el detalle de que, cuando se edificó la plaza de la puerta de Alcalá, tenía el verdugo de esta Audiencia señalado un asiento á la izquierda de la meseta del toril.

Los vecinos de la plaza Mayor no disfrutaban de las corridas más que por la mañana, pues por las tardes alquilaban sus balcones, según tarifa establecida y así se pagaban á doce ducados los principales, á ocho los segundos, á seis los terceros y á cuatro los cuartos, precios que subían arbitrariamente en los días que repicaban gordo. Como en las más fastuosas corridas que allí se celebraron el día 21 de Agosto de 1623, en

agasajo al príncipe de Gales, que fué más tarde Carlos I de Inglaterra, y á la sazón pretendiente al matrimonio con la infanta doña María, que luego acabó siendo reina de Hungría, y más hubo de valerla. Fué en aquella fiesta cuando por orden del corregidor D. Juan de Castro y Castilla, fueron por primera vez arrastrados por tiros de mulas los cuerpos de los toros.

El pueblo tenía dos plazas; una en Antón Martín, y otra, la más suya, la más verdaderamente popular, en la de la Cebada. La aristocracia tuvo en el reinado de Felipe III su plaza favorita, en la que el duque de Lerma mandó construir en el Prado, delante de su palacio, y venía á ocupar cierta parte de la actual plaza de Neptuno. En ella se dieron muchas y célebres corridas, que divirtieron grandemente al Monarca y á la Corte, y de las cuales puede juzgarse por lo que decía de una de ellas un cronista de la época: «Los toros fueron razonables, mataron cinco ó seis hombres é hirieron muchos.»

Siguieron siendo, durante todo aquel siglo, los toros la diversión predilecta

de los madrileños, y tan á pecho se tomaban sus cuestiones, que otro corregidor, el Conde de la Revilla, se murió de pesadumbre en tres días, porque habían resultado malos los toros de una corrida.

Y ya, en el siglo XVIII, no había tantas plazas, pero se condensó todo el entusiasmo en una más capaz. Entonces fué, en el año 1749, cuando sobre el terreno del quemadero de los Caños de Alcalá, se edificó la plaza que fué testigo de los grandes días taurinos. La de Romero y Costillares, la que vió morir á Pepe-Hillo, cuyo entierro en la iglesia de San Sebastián recordaba, por lo grandioso, el que en la misma iglesia se había hecho en otro siglo á frey Félix Lope de Vega Carpio. Eran los días en que el torero empezaba á ser el héroe y el ídolo. Las damas manolescas acudían como en peregrinación al Abroñigal para ver los toros que venían de la Muñoza, y la magnífica duquesa de Alba, María del Pilar Teresa Cayetana de Silva, trasladaba en esas ocasiones á los jardines en la Alameda sus fiestas galantes de la Moncloa.

Aquella plaza de la Puerta de Alcalá

se nos presenta en su recuerdo como más pintoresca que esta actual de tonos tan sombríos. La otra, la de Montes, la de Curro Guillén, la de Juan León, la de Cúchares, la del Tato, con sus muros enjalbegados y sus tablones embadurnados de almazarrón, armonizaba mejor con la fiesta. Aquella plaza recibía tanto los amores de Fernando VII, que cuando este señor casó con su tercera mujer, María Amalia de Sajonia, tuvo el bonito rasgo de reedificar su circo taurino, y mandar hacer de piedra los tendidos, que eran de madera.

Aquella plaza, cuyo último recuerdo histórico es el de la algarada del 23 de Abril de 1873, había presenciado el único momento de entusiasmo grande y sincero que despertó en la corte el rey D. Amadeo de Saboya. Fué una tarde en que con casual habilidad, que pudo pasar por maestría, acertó á arrojar con especialísimo tino la llave del toril en la montera del alguacililllo.

Pero si la plaza de ahora es diferente, el alma de los que van viene á ser la misma. Y así el señorío como la manolería de hogaño, asisten hoy á la fiesta con

tal fe como en otro tiempo acudían los devotos del Cristo de los Traperos, que estaba en la Concepción Jerónima, y al cual se hacía solemne función todos los años con el producto de la venta de las crines y colas de los caballos que morían en la Plaza de Toros.



VI

Mayo Florido.

El día 25 de Abril, fiesta del bendito San Marcos, tomábanse los madrileños de antaño un natural anticipo de los regodeos campesinos y las romerías primaverales. Tenía el famoso evangelista su ermita en las afueras de la puerta de Fuencarral, y allá íbanse las gentes en este día, que era como la festividad de los maridos, á merendar y armar jarana so color de devoción. Al holgorio de ese día llamábase «ir de Trapillo», modismo que ha quedado en uso después de desaparecidos la ermita y el festejo. Así preparábanse los habitantes de la villa para entrar dignamente en el mes de Mayo, bajando al Sotillo en la madrugada de su primer día, y en honra devota de los dos Apóstoles San Felipe y Santiago.

Aquella fiesta matinal, que como la del

Trapillo, escandalizaba á tan severo moralista cual era D. Juan de Zavaleta, movía en tanto la inspiración dramática de D. Pedro Calderón de la Barca en su comedia *Mañanas de Abril y Mayo*, y arrancaba á frey Félix tan dulcísimas églogas como aquella que así termina:

«Ninfas del Manzanares y pastores,
ya no hay amor, que aquí murió de amores.»

Celebrábase la fiesta que se llamaba de Santiago el Verde en la orilla del río, á la izquierda de la puerta Toledana y donde ahora es la pradera del Canal. Zavaleta, que era un hombre agrio y de mal gesto, enemigo de que la gente se refocilara á su albedrío, describía así aquel lugar donde existió la ermita de los Apóstoles, motivo de la peregrinación matutina: «Unos árboles, ni muchos, ni galanos, ni grandes; más parecen enfermedad del sitio que amenidad influída. Humedece este sitio, dividido en islas, Manzanares, poco más que si señalaran la tierra con el dedo mojado en saliva»; pero no hay que hacer mucho caso del malhumorado Catón. El lugar es hoy frondoso y bello, con que así sería cuan-

do le eligieron los madrileños de los siglos pasados como paraje grato para su fiesta, que tenía mucho de pagana y valía por una celebración de la primavera.

Era el día de los *mayos* y de las *mayas*. Coronábanse de flores las mujeres, y así tornaban á la villa:

> ¡Qué bien bailan las serranas,
> día de Santiago el Verde,
> en el Val de Manzanares
> cuando el sol claro amanece!
> Dejan el Sotillo todas,
> llevando sobre las frentes
> guirnaldas entretejidas
> de rosas y de claveles.

Y entre cantares de amor y de alegría despedíanse de las fiestas mañaneras hasta otro año, y subían entre alborozo de jácaras hasta entrar en Madrid por la huerta del Bayo.

Ahora el día 1.º de Mayo es la fiesta de los obreros, y también festéjase en los campos. Durante la tarde acuden á merendar y á holgarse en las alamedas de la Florida, con lo que han venido á constituir una especie de romería laica.

¡Y llega el de Dos de Mayo! El Dos de

Mayo era para los madrileños anteriores á 1808 un día como todos los demás. Ellos no pudieron conocer las emociones de sus descendientes en el siglo XIX y parte del XX hasta el año 1908, en que la fiesta nacional, que recordaba el heroísmo de la villa en su lucha con las tropas napoleónicas, quedó suprimida de raíz. ¿Por qué? Pues porque los agudísimos gobernantes decidieron que podía molestarse la nación francesa, nuestra buena amiga y aliada, si seguíamos conmemorando aquellos épicos sucesos. Estos admirables escrúpulos, por el estilo de la limpia de Burguillos, que lavaba los huevos para freillos, y luego escupía en el aceite para ver si estaba caliente, han sido siempre muy usuales entre nosotros.

Acabóse ya, por lo tanto, aquello de asistir al Salón del Prado la tarde del día primero para ver si estaban puestos los espárragos sustentadores del toldo que había de cobijar al otro día el paso de la procesión cívica, y al mismo tiempo el madrileño de cepa tomaba nota de que, como era debido, daban ya los milicianos nacionales guardia al monumento, á cuya espalda, y como utilísima

previsión, alzábase ya una tienda de campaña, que había de albergar un puesto de socorro.

Inspeccionado todo esto, el castizo podía dormir tranquilo, dispuesto á madrugar y estar á las seis de la mañana oyendo misa en el Obelisco, so pena de quedar mal con los héroes difuntos y consigo mismo. Mercábase muy luego un pito de los que aparecieron en la mañana de la Cara de Dios y esperan la fecha de San Isidro, y feriábase un variado surtido de altramuces y torraos con que obsequiar á la buena moza que le acompañaba, y ya, con todos aquellos deberes cumplidos, podían encaminarse hacia el Retiro, no sin antes haber matado ambos el gusanillo con sendas medias copas de Chinchón, bebidas en un puesto de los alrededores.

En el Retiro, lo primero que había que hacer era coger lilas y pasearse por delante de los guardas con los grandes ramos formados por sus artes rapaces. En seguida había que tomar chocolate en la Vaquería, ó en el Embarcadero, aunque este día preferíase la repostería de este segundo lugar, porque era de rigor en el

programa dar una vueltecita por el estanque, y efectuarla precisamente en el vapor. Con lo que, cumplidos sus deberes patrióticos, forestales y navales, podían tornarse los buenos madrileños hacia el centro de la villa, con objeto de disponerse á ver la procesión desde la calle, si no había otro remedio, y más frecuentemente asaltando las casas y balcones del desgraciado conocido que por mal de sus culpas vivía en las casas de la carrera, y al cual querían convencer de la casualidad de su visita.

—Pues *na*, verá usté: que pasábamos por aquí, y yo me dije, pues sí que hace tiempo que no vemos á D. Baldomero y familia. Conque aquí nos *tién ustés*.

—Si ya lo decía yo—prorrumpía la mujer—, y *tantismo* gusto como van á tener en cuanto que nos vean.

—Ya, ya lo creo. Mucho gusto...—solía contestar el ama de la casa con una risita de conejo.

Al fin se acomodaban como podían en los balcones, repletos ya de convidados, y si marchaban de aquella casa sin haber consumado su plaga quedándose á comer, no lo hacían sin participar del re-

fresco, que les permitía llegar á su domicilio reconfortados y dispuestos para llegarse por la tarde á ver el arco de Monteleón, asistir á un responso en el altar de la calle de Ruiz, y presenciar el paso de otra procesión: la de Maravillas.

El poeta, el artista, prefería en aquella tarde bajar al Campo santo de la Florida, donde yacen los fusilados en la Montaña del Príncipe Pío, y al cual recinto, tan sencillo, emocionante y bello, acudía el clero de la vecina ermita de San Antonio á rezar sus responsos. Durante el día del Dos de Mayo el pueblo no hablaba de otra cosa sino de «aquellos pobrecitos» y de «los brutos de los gabachos». Las madres decían á sus hijos que en tal día «los franceses no se atrevían á salir á la calle y se quedaban en sus casas avergonzados». Y para dar realce á la leyenda sobre la historia, ponderábase mucho, y esto ha sido también achaque de graves historiadores, las figuras de Malasaña y su hija, cuando no hubo tales hazañas ni tal chispero, sino sólo una muchachita que vivía en la calle de San Andrés, núm. 18, era huérfana de padre y se llamaba Manuela Malasaña y Oñoro,

á la cual fusilaron porque, en su calidad de costurera, encontráronla unas tijeras, que eran armas prohibidas bajo pena de muerte en el bando de Murat, quien entretanto estaba lo más tranquilo posible, alejado del ruido, en el palacete de la Moncloa.

El día 3 de Mayo hubo fiesta desde antiguo en las calles de Madrid. Las majas alborotaban el barrio con el piadoso pretexto de la Invención de la Santa Cruz, acontecimiento famoso que algunos libros de devoción cuidaban de recordar en verso.

Hoy la Emperatriz Elena
madre del gran Constantino,
halló el precioso tesoro
de la Cruz de Jesucristo.

Hacíase capilla de los portales, y en ellos se instalaba el altar, que, á falta de *Signum Crucis*, solían ostentar una cruz hecha de flores, naturales á veces, y á menudo de papel ó de trapo. También acontecía que la cruz, que debía ser lo esencial, no existía, y el altarcillo presentaba una estampa profana, como los «Amores de Pablo y Virginia», ó «Her-

nán Cortés y Doña Marina», cobijados bajo el dosel de una colcha y adornados con pañuelos rameados de talle, á más del ornato añadido por unos cuantos collares de coral, de vidrio ó simplemente de estaño, que habían cedido gustosamente para el atavío del monumento las manolas de la vecindad.

En ciertas ocasiones ofrecíase á la admiración y óbolo de los transeuntes, en lugar de estampa, una viva deidad. «La maya», que era la moza más garrida de la casa, subíase en una mesa y presidía desde su altura el asalto de las postulantes al descuidado pasajero. Lòs galanes acostumbrados y los cortejadores que lo fueron á distancia hasta aquel día llegábanse á las muchachas que, platillo en mano, acosaban á todo el que se arriesgaba á pasar ante ellas. Llenábanse los platos de monedas al conjuro de su voz, que pedía con zalamería tradicional:

—¡Un cuartito para la Cruz de Mayo!

Al propio tiempo se llenaba de satisfacciones galantes, y daba además rienda suelta á su buen humor obsequiando con sus donaires al usía y al petimetre, si era á fines del siglo XVIII, ó al señorito

cursi, al silbante y al aburrido, si era en épocas más cercanas, pues hasta poco antes de acabarse el siglo XIX aún subsistió esa costumbre pintoresca, que acababa en una cena que se verificaba aquella misma noche, ó en una jira al soto de Migas Calientes, combinada también á costa de los generosos crucificados aquel día en la florida cruz de las garridas «mayas».

Este mes, que tan señaladas fechas ofrece al regocijo popular, concede desde el siglo XIX un sitio especial en la vida madrileña al esparcimiento de lo que ha dado en llamarse buena sociedad. Es una costumbre extranjera, porque, después de habernos estado descrismando en la guerra de la Independencia, fué cuando empezamos á rompernos la crisma por vivir como todo país que no fuese España. Y esa costumbre es la de las carreras de caballos, que aquí empezaron á organizarse con el pretexto del fomento de la cría caballar, sin que se sepa que se haya fomentado nada, y sin que se averigüe qué tendrán que ver con el progreso de la raza caballar española los caballos de pura sangre inglesa, que

son los que se exhiben en semejantes espectáculos.

En los primeros años del reinado de Isabel II fué cuando intentó arraigarse en Madrid la afición de este deporte, que quedó circunscrita á un círculo aristocrático. El Hipódromo hallábase en la Casa de Campo, y con eso queda supuesto que su público era limitado. En nuestros días, y en ese Hipódromo, que es como un tapón del paseo de la Castellana, y probablemente no tardará en desaparecer, continúanse verificando las carreras de caballos en primavera y en otoño, sin que haya conseguido cuajar la afición á presenciarlas. Sin embargo, los desmontes del Canalillo, fronteros á la pista hípica, suelen cubrirse de público, que hace de aquel lugar un nuevo «tendido de los sastres», adonde modestos industriales colocan sillas para alquilar, y entre los grupos que se forman mueven la típica algarabía de sus pregones los vendedores de:

—¡Agua fresquita! ¿Quién la bebe? ¡Como la nieve; de la fuente, el Berro, el agua!

Y los de las naranjas y los cacahuets, y la vieja que vende los bollos de canela.

Ya se han desesterado las casas, y se riega el pavimento por la mañana. Suéltanse las persianas y suben desde la calle las voces de la primavera, cuando pasa el hombre con el burro de los claveles, y suéltanse á pedir, canturreando, más pobres músicos que nunca, y que no se sabe dónde estuvieron metidos hasta entonces. El son de un pandero zumba y repiquetea, y óyense gritos extraños, al tiempo que se escuchan mugidos graves y profundos. Es otra de las señales del calor, que llega. Los húngaros, con sus monas y sus osos, pasan, y arman un baile y una algazara en cualquier parte.

¡Bendito sea el calor, que es la alegría y es la vida! Ya pasa el tío que va voceando:

—¡El *helao* rico, el *helao!*

Y aquel otro que viene siempre con los días primaverales:

—¡Al buen requesón de Miraflooores...!

Vocéanse también los espárragos pericos de Aranjuez, y en las fruterías y los puestos de las esquinas se muestran las

excusas repletas de la fresa del propio real sitio ribereño.

Se echa de menos el botijo en el balcón, junto al tiesto de claveles dobles, que está esperando el de la albahaca y el de la ruda, y no vendrán hasta que se compren la noche de San Antonio, «allá abajo», ó la noche de San Juan en la Plaza Mayor, que es la venta tradicional de las flores, ó en el Prado, que tiene también su feria de macetas. Pero el reinado del botijo comienza ya. ¿Qué día marca el calendario? Estamos á 14 de Mayo, y el botijo dispónese á reinar.

Porque ya está el camino de la ermita de San Isidro lleno de tenderetes, en donde los pitos y la cerámica de la tierra son la mercancía tradicional, mientras en la pradera se multiplican los merenderos y se instalan los «Tíos-Vivos» y las barracas de los fenómenos. La noche de la víspera del día del Santo puéblase ya aquel campo de los devotos que tienen más prisa por manifestar su devoción, aunque, si lo más devoto es acudir á beber el agua milagrosa, ellos procuran sustituirla por los prodigios del vino, que no suelen ser pocos. No

parece muy grato elegir como lugar de esparcimiento la inmediación de unos cementerios, pero ellos, á fuer de estoicos, festejan con alegría la vida al lado de la muerte. Bien es verdad también que gente de peor gusto fué la que estableció camposantos al lado de los lugares donde sabía que la gente gustaba de ir á divertirse.

Fué en el año 1528, cuando la Emperatriz Isabel, esposa del César Carlos V, quiso labrar una capilla sobre el lugar donde San Isidro Labrador había hecho brotar una fuente de agua tan milagrosa, que cundió su fama, y en aquella sazón consiguió curar al Príncipe D. Felipe. Agreste, y hasta medroso, era por aquel entonces el lugar, tanto, que existe tradición afirmadora de que Isabel la Católica vióse junto á esa misma fuente acometida por un oso, al que ella misma consiguió matar de un rejonazo.

La ermita de San Isidro gozó pronto de gran predicamento, y en ella, por cierto, hubo de celebrarse en el mes de Febrero del año 1637, una fiesta suntuosa, á la cual asistieron los Reyes, que con su cortejo atravesaron el río en barcas do-

radas. Fiesta fué aquella que, según una relación de la época, se componía «de la música del almirante de Castilla, que alegra; de la del Príncipe de Esquilache, que admira, y de la de Vicente Suárez, que pasma». El Marqués de Valero determinó luego, en 1721, reedificar la ermita, dejándola como hoy se halla, y en uno de sus lados ha quedado la fuente prodigiosa, sobre la cual se leen estos versos no tan prodigiosos:

«¡Oh, aijada tan divina
como el milagro lo enseña!
Pues sacas agua de peña
milagrosa y cristalina.
El labio al raudal se inclina
y bebe de su dulzura,
pues San Isidro asegura
que si con fe la bebieres,
y calentura trujeres,
volverás sin calentura.»

El 15 de Mayo no se preocupa la gente de ir á venerar á San Isidro en la Colegiata, ni en San Andres, y apenas algunos devotos del barrio acuden á la calle del Almendro á ver el lugar donde guardaba sus aperos de labranza. Ese día es

de entrar las madrileñas en la pradera envueltas en su mantón de Manila y atropellando gente en su manuela triunfal. Los dos puentes, el de Toledo y el de Segovia, más el pontón que se utiliza ese día con pago de portazgo, empiezan desde muy temprano á derramar gentío sobre la pradera. La gente fina, que va en su coche, no hace más que dar una vuelta, mercar unas cuantas chucherías, y desaparece. Los castizos se establecen en la pradera, y allí almuerzan, allí cenan, allí acampan, y de allí no salen si no es para la Comisaría.

Y como hace ciento cincuenta años, todavía tórnase á la villa cantando aquello de:

A San Isidro he ido
y he merendao,
más de cuatro quisieran
lo que ha sobrao.
Ha sobrao jigote
y albondiguillas,
dos capones, un pavo
y tres tortillas.

Estos son los días en que de los pueblos cercanos á la corte y aún de los lejanos, acuden los lugareños, que llenan

la capital, admirándolo todo ó encontrándolo todo muy por bajo de la fama que ostenta, y bastante inferior á algunos sitios de su lugar natal. Estos son los que, maliciosos y recelosos, regatean el precio de un viaje en tranvía, y para tales isidros creó el hampa madrileña trazas como aquellas de expenderles, á precios moderados, tarjetas con permiso para transitar por la Puerta del Sol, licencias para beber agua en la fuente de Pontejos ó billetes de libre circulación para pasear por el Prado y visitar los alrededores del Museo de Pinturas.

Y la romería perdura, no sólo hasta fines del mes de Mayo, sino, por lo regular, hasta empalmarse con la primera verbena que Dios envía, y es la de San Antonio de la Florida. Público no la falta, porque en ese tiempo el público tiene ganas de ir á todas partes, y á todas partes va: á los conciertos, á los toros, á tomar posesión de la Florida, que abandonó durante el invierno, porque prefería tomar el sol arriba, en la Moncloa; y empiezan las mañanitas del Retiro para los bulliciosos, y para la gente más juiciosa y amiga de quietud y de silencio,

los paseos por las avenidas tranquilas del Botánico.

Disfrutan las muchachas casaderas más que las niñas que empiezan á ser muchachas. Ellas, las infelices, que un día de este mes han de pasárselo empaquetadas en el traje de primera comunión, cohibidas con el velo y el cirio, y devocionario, y los guantes y los zapatos, que la están estrechos, sin que la sea lícito quejarse porque sus papás la llevarán á casa del fotógrafo, donde pasará por nuevas torturas antes de encontrar la postura definitiva para el retrato y después habrá de ir casa por casa de todas sus relaciónes para dar envidia á sus amiguitas, según sus papás, que eligen tan cristiana fecha para mover en ella la exaltación de la vanidad, aunque no suelen oir los comentarios usuales cuando salen de una de las visitas:

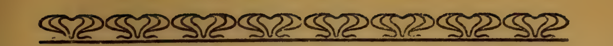
—¡Vamos, mira que llevarla todo el día con el traje blanco á la pobrecita niña, que parece una mosca en leche!

Y pasa aquel día y la pobrecita niña tiene que quedarse en el colegio después de las lecciones, porque ha de cantar aquello tan bonito de:

«Venid y vamos todos
con flores á María»,

cuando lo que ella quisiera sería corretear de verdad en un jardín y hartarse de saltar á la comba, ó de jugar á las cuatro esquinas, en la Plaza de Oriente, mientras la criada tiene su plática con el militar y pasa el barquillero diciendo:

—¡Que son de limón!



VII

Junio, galán.

Cierto día, esto era en 1240, y en la ciudad de Lieja precisamente, unas piadosas mujeres acudieron en devotísima revelación al obispo de la diócesis, que se llamaba Roberto, ignorándose sus apellidos. Trataba la tal revelación del culto de Jesús Sacramentado, y véase por dónde no cayó en el vacío la gestión de las fieles comunicantes. Porque era en aquella sazón arcediano de Lieja un sacerdote muy distinguido que se llamaba Jacobo Pantaleón, quien, andando el tiempo, llegó á ser Pontífice romano con el nombre de Urbano, y entonces, con fecha de 1272, publicó una bula estableciendo la festividad del *Corpus Christi*.

En toda la cristianidad hízose fiesta solemnísima esta que se dedica al Santísimo Sacramento, pero en parte alguna

podía alcanzar la fastuosidad y el espléndido decoro que en la corte del católico monarca de las Españas. Y así fué á partir del año 1482, en que la propia reina Doña Isabel I, tomando en sus egregias manos una antorcha, salió de la casa de los Lassos de Castilla, donde habitaba, para acompañar la procesión del Sacramento de la parroquia de San Andrés. Dosde entonces comenzó á celebrarse en Madrid la procesión del Corpus, con boato creciente. Famosa fué aquella de 1528 en que fueron singular adorno de la comitiva los muchísimos alemanes que habían venido á España con el emperador. En tal día celebróse junto al arco de la Almudena una representación que fué el comienzo de la práctica de los autos sacramentales, que luego habían de ser de rigor tras de la procesión de esa fecha tan señalada.

Crecía la opulencia de la festividad conforme aumentaba la piedad de la Corte, aunque disminuyese el bienestar de los vasallos. Así cuando el príncipe de Inglaterra, Carlos Estuardo, llegó á Madrid en son de pretender la mano de la infanta Doña María, nada pudo ha-

cerse mejor en honra suya, á más de algunas estupendas corridas de toros en la Plaza Mayor, sino dar una fastuosidad extraordinaria á la procesión del *Corpus*, que el inglés, acompañado de su fiel Buckingam, había de ver pasar desde su aposentamiento en el Alcázar. Esto fué el día 15 de Junio de 1623. Tales fueron sus magnificencias que su memoria y la de las justas de Agosto de aquel mismo año, fueron los mejores recuerdos que pudo llevarse de la ciudad mantuana el príncipe británico, que tan trágico fin tuvo cuando reinó con el nombre de Carlos I, y cuya novia, Doña María, acabó casándose con el monarca húngaro.

Aún eran días pintorescos, y ostentadores de un sello característico, los *Corpus*, cuando en 1835 nos lo describía Mesonero Romanos, ó en 1849 nos trazaba su cuadro la pluma no menos sutil é ingeniosa de D. Antonio Flores. Pero ya entonces era más importante aún que la procesión misma, el paseo que después de ella verificábase bajo el toldo azul y blanco que cubría la calle de Carretas.

Era el triunfo de los levitines románti-

cos y los uniformes relucientes de las grandes charreteras y los chacós brillantes, los altos corbatines, las melenas y las perillas. Tirios y troyanos, los poetas del Parnasillo y los del cuerpo de guardia de Santa Isabel, formaban á un tiempo el cortejo de aquellas deidades con anchas crinolinas y tirabuzones bajo las castizas mantillas ó pamelas de finísima paja. Y sólo una botillería entre todas podía ser la elegida por el concurso de aquel día para la hora del refresco. La de Pombo, que aquella mañana inaguraba sus sorbetes de arroz.

En los siglos XVII y XVIII la procesión del *Corpus* ofrecía su más interesante aspecto por sí mismo. La tarde de la víspera salía el mojigón vestido de botargas, y llevando un palo del que colgaban vejigas hichadas, con las que golpeaba á los chiquillos que saltaban y gritaban delante de él. A más, iban el sacristán de Santa María y dos monacillos recorriendo las calles por donde había de pasar la comitiva al día siguiente y avisando con unas campanillas al vecindario para que colgase sus balcones. Al mismo tiempo el sacristán, portador de

una vara de palio, iba señalando los lugares donde habían de situarse altares de las parroquias para hacer las estaciones.

El día de la festividad nada cautivaba á las gentes como el mojigón, la tarasca y las gigantillas. Todo lo demás era ver al rey si se dignaba presidir el acto, y desde luego á todos los Consejos, los de Castilla, Aragón, Inquisición, Italia, Flandes, Ordenes, Cruzada, Indias y Hacienda y todas las cofradías y corporaciones, á más del clero secular, y la interminable teoría de todas las comunidades religiosas, cuyo número era de aterradoras proporciones. Pero la pública diversión estribaba en ver al mojigón repartiendo vejigazos, á los gigantillos dando manotones á diestro y siniestro, y sobre todo la tarasca. Más aún que el carro de los farsantes y la danza de ángeles, porque la tarasca era el figurín de la época. Entonces, como ahora, tomábanse las modas de Francia, y las innovaciones del año, así en los vestidos como en los tocados de las damas, aplicábase á la tarasca, de donde los tomaban las señoras que presenciaban el paso de la procesión.

Los autos sacramentales eran otra parte obligada de la fiesta. Hacíanse en las plazas de Palacio y de la Villa, y empezando la misma tarde del *Corpus*, duraban más de ocho días, porque habían de hacerse ante los reyes, ante la Villa, ante cada uno de los Consejos, y luego en la casa particular de cada presidente de los mismos. Después comenzaban á hacerse en los corrales para el público. Esta costumbre de los autos comenzó á quebrantarse en 1676 y á sufrir más en 1694, por ser demasiados los gastos que ocasionaban, á más de la molestia de escuchar durante más de ocho días y por fuerza la misma composición, lo que necesariamente había de enfadar, así fuesen, como eran fectivamente, obra de los mejores ingenios de aquel tiempo. En 1705 hubieron de recibir los autos sacramentales el golpe de gracia, cuando Felipe V acordó destinar á los gastos de la guerra el dinero que se reservaba para estas representaciones. Sententa y dos autos de D. Pedro Calderón de la Barca, se conservaban en el archivo municipal de Madrid, pero fueron extraídos y sustituídos por copias. Menos mal que

no se perdieron del todo, gracias á don Pedro Palacio, que en 1716 obtuvo el permiso para imprimirlos, previo el pago de 16.500 reales á la Villa.

Hay en Madrid algo tan interesante como el *Corpus*, y son las Minervas.

Cuajada y baile..

Sí, señor;

cuajada y baile...
que pasa Dios por mi calle.

Y siempre que las majas decían eso cuando sabían que había de pasar por delante de su puerta la Minerva, hacían fervientísimos votos para que la hiel de vaca y la hierba de cuajar, ó el mayor ó menor temple de las manos elaboradoras no diesen al traste con el éxito del plato con que era ley regalar en aquel día á las visitas que acudían á presenciar desde el balcón de la casa la procesión del Sacramento.

Don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, en su casi desconocido sainete «Los panderos» y Ricardo de la Vega en «El señor Luis el Tumbón» escogieron el momento del paso de la Minerva, como fon-

do de sus cuadros admirables, pocas fiestas callejeras y populares tienen en verdad un aspecto tan pintoresco y un sabor tan castizo, como esa ceremonia medio religiosa, medio pagana que es secuela inmediata del *Corpus* en el barrio más madrileño de Madrid, el de esa parroquia de San Andrés, donde estaba enterrado San Isidro, adonde acudía en oración San Francisco de Asís, y más tarde vinieron los Reyes Católicos á tenerlo por templo familiar, y después los virreyes de Indias, á llevar hasta su recinto los Tesoros de Potosí, para elevar una capilla al Santo Labrador.

Fué allá á mediados del siglo XVI, cuando el obispo de Justinopoli, Fray Tomás de Stella, fundó en Roma con aprobación del Papa, Pedro Luis Farnesio, Paulo III, la Hermandad del Sacramento, que hubo de instituir en la parroquia de Santa María que se alzaba sobre el lugar de un antiguo templo de Minerva. De ahí vino el nombre gentil á la ceremonia cristiana. Sin embargo, antes de que existiese la Minerva con ese nombre, existió en Madrid la práctica de salir de la parroquia de San Andrés, al

otro día del Corpus, el cuerpo de Jesús Sacramentado, y recorrer las calles con igual aparato que en la fiesta de la víspera. Recuerdo que ha quedado de aquel día en que Isabel la Católica, acompañó esa procesión llevando una antorcha llameante.

Luego, si varia y curiosa era la comitiva del Corpus, no la cedía en mucho la de la Minerva en San Andrés, que usaba para su barrio análogo ceremonial, al que había servido el día antes para el centro de la villa. Volvía á salir el mojigón con su traje de colorines y su palo, del que colgaban unas vejigas, con las que golpeaba á los chicos y á cuantos curiosos podía alcanzar. Otras veces sustituía las vejigas con higos y golosinas que los muchachos esforzábanse por atrapar. Volvía á salir el niño vestido de arcángel San Miguel, y seguía la danza de moros y cristianos ó de ángeles y diablos.

Y tornaba por fin, á pasear la Tarasca, con la Tarasquilla y el Tarascón, ostentando ante mozas y damiselas, las nuevas modas de vestidos que habían de llevarse aquel año.

Así dicen aquellos versos de Pedro Vargas:

Como tomastes Aldonza
de la Tarasca modelo,
por eso llevas el pelo
con trenzas de jirigonza.

Y pues los lugares cercanos á Madrid, se despoblaban esos días para concurrir á la fiesta cantábase entonces aquella seguidilla:

Si vas á los Madriles
día del Señor
tráeme de la Tarasca
la moda mejor.
Y no te embobes,
que han de darte en la cara
los mojigones.

Que así cantaría Inesilla la de Pinto, cuando recibió el alcalde de su pueblo al embajador de Vallecas, pensando en el día en que

entrambos Carabancheles
temblaran de nuestras fuerzas.

Salía la Minerva de San Andrés, y acu-

día en júbilo y holgorio, toda esa noble diócesis que se comprende entre la plaza de la Cebada y el campo de las Vistillas del Pino, y entre la plaza de los Carros y el jardín de la venerable Orden Tercera de San Francisco.

Engalanaban los balcones con sedas de Indias quien las tenía, ó si no, con las telas más vistosas de cada casa, que siempre por la buena voluntad de sus amos podían servir como lujosos reposteros. La tendera de la plazuela del Gato, habíase quedado sin pliegos de aleluyas desde dos días antes, porque todo el barrio del Humilladero hasta aquel rinconcito de Amaniel, para proveerse de esos papelitos, cuya lluvia era indispensable en semejantes funciones. Y los galanes que recibían de sus damas el agasajo de la cuajada, correspondían feriándolas los confites del Sacramento y las bolas del Mojigón.

Iba el corregidor en la ceremonia: seguían los inquisidores, y no faltaban en el cortejo las guardias españolas. Acompañamiento marcial que solía ser útil, pues rara era la Minerva en que no lle-

gaba la chispería de San Antón y del Barquillo á punto de aguar la fiesta, y destripar el festejo á la majeza del barrio de la Cebada.

Pero los intrusos sufrían el pago de su incursión, y pasaba el tumulto, y volvía el estrépito de las campanas y de la pólvora. Llenábase el ambiente con el humo y el aroma del incienso. Juntábanse el bullicio de las preces, y los pregones y requiebros. Cubrían la calle las aleluyas y las flores con su lluvia multicolor.

Y entre gentilezas y donaires, mientras el arcángel San Miguel avanzaba como podía, pisándose las alas, y un demonio daba codazos para abrirse paso, diciendo:

—¡Hágase allá el cristiano!

y atronaban las majas desde puertas y balcones tañendo con estruendo sus panderos cuadrados.

La procesión del *Corpus*, que antes se celebró siempre por la mañana, verifícase ahora por la tarde, y carece por completo del lucimiento antiguo. Antes de que terminara el siglo XVIII había comenzado á perder mucho de su carácter.

En 1772 se suprimió la exhibición de la tarasca, y por Real orden de 21 de Julio de 1780 acabáronse las danzas delante del Santísimo. La exclaustración de las órdenes religiosas hizo perder también á la procesión mucho de su aspecto tradicional, quedando por fortuna de los antiguos tiempos algo notable y bello, como es la Custodia, propiedad del Ayuntamiento de Madrid, firmada por Francisco Alvarez, platero de la reina, en 1560, y obra muy curiosa de la orfebrería patria.

A más del *Corpus* y su Octava, ofrece la capital de España en el mes de Junio el comienzo de las verbenas.

La primera verbena
que Dios envía,
es la de San Antonio
de la Florida,

dijo Antonio de Trueba, identificado con el cantar del pueblo. Ningún lugar más grato para una fiesta así que ese de la margen del río, donde edificóse primeramente el convento de San Jerónimo del Paso. Cuando se abrió la ermita el paraje era mucho más bello aún. A la entrada

del Real Sitio de la Florida, y al pie de la Montaña del Príncipe Pío, no afeados ni estropeados aún aquellos alrededores por la estación del Norte, tan absurdamente colocada allí, la capilla poseía un encanto mayor que ahora entre el ferrocarril y los tranvías.

En el año 1720 edificóse la primer ermita á San Antonio en ese sitio, por el Resguardo de Rentas Reales, pero no debieron hacerla muy firme, pues que en 1770 fué reedificada, y en 1790 hubo necesidad de construirla de nuevo bajo la dirección del arquitecto Fontana. El nuevo templo mereció una consagración definitiva. Goya, nuestro señor, puso en él, para admiración de los siglos, la magia de sus pinceles.

En torno de esa cúpula admirable viven eternamente las que fueron ninfas de la Moncloa en torno de la duquesa de Alba. Misterioso y bello aquelarre donde las brujas son jóvenes y bellas, y la noble y la villana, y la hidalga y la comedianta, no son más que mujeres que dieron sus cuerpos para el arte y su alma para el amor.

Los arzobispos de Toledo primero, y

los duques de Alba después, vivieron en la Florida y en la Moncloa como los nobles romanos y los cardenales de la curia, en la quinta de Albano, en la villa Borghese, ó en la villa Sciarra. Llegó el amor con alas de mariposa como esas Psiquis de otro tiempo á dar la norma al siglo XVIII, tan deliciosamente fútil y rotundamente galante, y un amorcillo hermano del que jugaba entre las rosas del Trianón vivía entre los boscajes de la Moncloa. Habitaba entonces en aquel palacete doña María del Pilar Teresa Cayetana de Silva. Aquella dama y sus amigas eran buenas devotas, y ellas, que no hacían antesala en Palacio, hacíanla en casa de la beata Clara. Era preciso que tuviesen cerca de su selva encantada un templo donde pedir á Dios perdón por los pecados del día y descansar el alma para los pecados de la noche. Ese fin cumplía para ellas la ermita de San Antonio de la Florida, cuyo recinto las recogía en devota plegaria tras de una tarde de jugar á la gallina ciega en la margen del río.

San Antonio, que era un hombre muy feo y muy áspero, con unas tremendas

barbas y un vozarrón y modales de energúmeno, ha quedado en la leyenda, y así nos le representan la escultura de Ginés que hay en la ermita, y cuantas imágenes existen de él, como un mozo barbilindo, galán, y casamentero. Al conjuro de su prestigio acuden las muchachas con la tanta fe, como los que le invocan para encontrar los objetos perdidos, y aun para la cura de algunas enfermedades, con sólo recitar aquellos versos que así empiezan:

«Si buscas milagros, mira
muerte y dolor confundidos...»

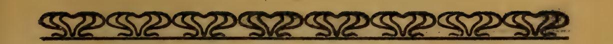
Y la noche del 12 de Junio baja Madrid entero á festejar la víspera del santo portugués con alegría pagana y florida, bajo las umbrías del soto.

Y desde aquella fecha, sucédense ya las verbenas.

¡Oh, vísperas celebradas
de San Juan y de San Pedro...!

Así como las añoraba el manolo de «La Casa de Tócame-Roque», podemos llorar los madrileños de hoy el fausto y la algazara de las noches de San Juan y

de San Pedro en pasadas edades. Las fiestas suntuosas en el Prado y en el Buen Retiro, las luminarias y pólvoras y bailes. Las naumaquias en el estanque, y las comedias de Calderón y de Lope, representadas por próceres histriones sin otro escenario que la selva misma. Ya apenas queda el paseo nocturno por el Prado entre las humaradas de aceite frito, y exiguo mercado de las flores en la Plaza Mayor. Bien es verdad que la población aumenta y con ella el tráfago, y así como las labores, las diversiones. Todas las noches son de verbena, y en cualquiera de ellas están tan animados los Viveros y la Bombilla, como lo estaba el Prado de San Juan en las escasas noches de iluminación y fiesta.



VIII

Julio, fogoso.

A despecho de quienes siguen la moda del veraneo, más como quien cumple un deber que como el que satisface una necesidad, Madrid tiene en verano sus encantos. Ya D. Luis de Góngora mofábase donosamente de aquellos que abandonan la Corte, y cantaba la apacible paz de de quien en ella permanece:

«El conde, mi señor, se va á Napoles,
y el duque, mi señor, se va á Francía.
Príncipes, buen viaje, que este día
pesadumbre daré á unos caracoles.»

En nuestros tiempos, Eusebio Blasco ha elogiado las excelencias del veraneo en Madrid, defendiendo con muy buen criterio la idea de que se entoldaran algunas calles. Antes que él, D. Angel Fernández de los Ríos había abogado

por el proyecto de acondicionar la villa coronada para hacer de ella una apetecible estación estival. De todas maneras, es lo cierto que la canícula puede pasarse en Madrid perfectamente, aun después del error de construir calles anchurosas y plazas redondas y amplísimas, donde, por las exigencias climatológicas de verano y de invierno, debía seguirse el procedimiento morisco de las calles estrechas y quebradas y las plazas poligonales, guarnecidas de los soportales, tan convenientes para el resguardo del sol como del aire y de la lluvia. Pero ha tomado cartas de naturaleza entre nosotros la manía de edificar y alinear las vías urbanas como conviene á ciudades norteñas, así como también la de hacer jardincitos á la inglesa donde son menester arboledas frondosas.

La costumbre de veranear es moderna. Data de los últimos años del reinado de Isabel II, pues antes sólo algunas familias que poseían fincas en las cercanías de Madrid se determinaban á trasladar á ellas su residencia durante los meses del estío. Hoy el prurito de abandonar la corte en el verano se ha gene-

ralizado más por vanidad que por placer y aún obliga á ciertas familias á recluirse á piedra y lodo en su domicilio para hacer creer á sus relaciones que han salido de viaje, conforme á lo que en su infelicidad llaman el buen tono. Pero justo es advertir que de algún tiempo á esta parte algunas familias, verdaderamente distinguidas, confiesan, sin necesidad de ruborizarse, que permanecen en Madrid durante el verano, donde en su casa encuentran la suma de comodidades que, ni aún pagando el gusto á precios tan exorbitantes y arbitrarios como habían de cobrarlos los hospederos de fuera, habían de encontrarlas en parte alguna. Estos saludables ejemplos pueden influir en los hogares de la clase media, cuyos cabezas de familia vense precisos á empeñar la paga y hasta acudir á otros extremos para proporcionar á sus hijas la costosa y pueril satisfacción de que sus amigas bajen á la estación á despedirlas rabiando de envidia, según ellas afirman al partir, mientras las que quedan en la corte corresponden á esta observación, diciéndose:

—Eso de que van á San Sebastián, nc

lo creas. Me consta que se quedan en el pueblo de la criada. Y aunque las ves que salen en primera, no lo creas tampoco, porque en la primera estación se mudan de coche y se meten en tercera.

Y las familias que, contentas con su suerte, pasan en Madrid el verano, son felices madrugando cuanto es preciso para disfrutar de las mañanitas del Retiro ó de la Casa de Campo, si la niña necesita tomar agua de la fuente de hierro, así como las damas del siglo XVII bajaban por el parque de Palacio á tomar el acero que convenía para el arreglo de sus trastornos.

En las mañanitas del Retiro comienzan muchos idilios que luego términanse en bodas. Bajo las umbrías olmedas del antiguo Real sitio juegan y corretean alegres las muchachas madrileñas, y es uno de los parajes preferidos por ellas la llamada injustamente plazoleta del Pino, lugar de poesía y de leyenda, presidido por un yerto y venerable ciprés, de quien una linda tradición dice que creció regado por las lágrimas de la Reina Isabel de Borbón, que allí acudía

al caer de la tarde y allí lloraba la muerte del Conde de Villamediana.

El estanque grande proporciona un agradable solaz á los aficionados á la navegación en pequeña escala; y quienes gustan de remojarse en agua corriente bajan al Manzanares, donde se hallan instalados por esta época sus pintorescos baños, que constituyen uno de los cuadros más típicos de Madrid veraniego, con sus rudimentarios tenderetes de esteras y su público de aprendices en el arte de la natación.

Madrid, que cuando era Magerit y Medina-Machrit contaba con gran número de casas de baños, perdió la costumbre de este uso en tiempo de la Reconquista, porque el cristianismo triunfante prohibía aquel cuidado del cuerpo que estorbaba al de la perfección espiritual. A principios del siglo XIX comenzaron á instarlarse en Madrid establecimientos balnearios, y aún había conocido ya en en el siglo XVIII el de la calle de Jesús y María, al cual provee un hermoso manantial de excelentes aguas, á las que se atribuyeron algunas condiciones médicas.

En aquella renovación de las costumbres españolas, verificada durante la regencia de la Reina gobernadora, época en que comenzó España á asociarse á la uniformidad europea, abriéronse en Madrid gran número de casas de baños, todas bien, y algunas excelentemente, montadas. Con vergüenza debemos consignar el hecho de que hoy la población ha crecido de una manera considerable y el número de casas de baños que existen en Madrid es menor que el que había en 1836.

En el barrio de Salamanca han fracasado dos Empresas balnearias que abrieron sus locales con lujos y comodidades: los Baños Arabes, que estaban en la calle de Velázquez hace un cuarto de siglo, cuando aquel lugar era el confin de la barriada con el campo, y otros que recientemente se inauguraron en la calle de Claudio Coello.

Los baños de Regiaimar, en la calle de la Gorguera, que alcanzaron nombradía hasta no hace mucho tiempo, han desaparecido también, y apenas queda memoria de otra casa que fué muy conocida y popular, la de los baños de Guar-

dias, que se hallaban frente al cuartel del Conde-Duque. Entre los balnearios que nos quedan debe citarse como curiosidad el que se llama de Oriente, en la plaza de Isabel II, y se sirve de las aguas de los antiguos Caños del Peral, que son las mismas de Balnadú, donde refrescaban sus cuerpos los árabes madrileños. Y para regocijo de los nadadores que no quieren bajar hasta el río, queda, al comienzo de la cuesta de San Vicente, la piscina del Niágara, entre una umbría fresca y codiciable en el verano.

La siesta pone un paréntesis forzoso entre la comida del medio día y las horas de la tarde. Pasadas las cuatro, después de la meridiana, comienzan los horchateros ambulantes á despertar á los vecinos durmientes con el pregón de su mercancía, tarea despertadora que antes compartían con los organillos callejeros, nota pintoresca que también ha desaparecido ya. Déjase transcurrir perezosamente la tarde, y hasta después de la cena no se siente el deseo de salir al ambiente libre. Los sedentarios prefieren quedarse frescos de ropa, sentados al balcón entre el botijo y los tiestos

de albahaca, y quienes, como los habitantes de porterías y de tiendas, tienen puerta de calle, forman sus tertulias en el arroyo. En los barrios bajos, que constituyen algo como un Estado aparte, queda deshabitado el interior de las viviendas y la vida se desenvuelve en medio de la calle. Allí se sacan los más necesarios enseres del mobiliario, allí se cena, allí se hace la sobremesa, y cuando llega la hora del reposo, allí también se sacan los colchones y se hace la cama. En los jardinillos de las plazas, puéblanse los bancos, que, tras de ser lugares de plática, sirven también de dormitorios, y en los lugares apartados del centro de la población, confúndense los durmientes en el suelo como no soñara Fourier para su falansterio.

La clase media puebla las sillas de Recoletos, y si gusta de lugares más despejados, acude á pasar una velada en la espléndida terraza del paseo de Rosales. En el siglo XV eran paseos concurridos el de la Primavera ó el de las Damas, que se hallaba junto al Lavapiés, por encima de la Judería, que era lo que luego se llamó calle de la Fe al ser expulsados

los hebreos y destruída la sinagoga emplazada donde hoy existe la iglesia de San Lorenzo. Y á más del de la Primavera, famoso por el agua de su fuente, era muy elegante en tiempo de Enrique IV el paseo de la Redondilla, situado donde ahora la calle del mismo nombre, y que iba por encima de la Morería desde los Caños de San Pedro.

El agua de la fuente de Leganitos *(Alganeb* del Madrid morisco), y que era la misma que la de la fuente del Piojo, que aún subsiste á la entrada de las calles de San Bernardino y Amaniel, atraía á mucha gente en los siglos XVI y XVII, acaso más que por su frescura por lo discreto y sombrío del paraje. Varias son las novelas de nuestros clásicos que describen algunos de sus pasajes y accidentes en ese lugar, y las hay, como *El disfrazado*, de Alonso del Castillo Solórzano, que hacen partir de allí la acción y el interés de su ingeniosa traza. A Marcos de Obregón aconteciòle junto á ese sitio aquel percance que dió con él en la cárcel de Corte. Cervantes menciona la fuente de Leganitos al tiempo que las del Piojo, de la Priora, de Lavapiés y del

Caño Dorado cuando se refieren las habilidades del primo de Basilio, que camino de la cueva de Montesinos iba explicándole á Don Quijote cómo él sabía lo que las cosas habían sido antes. Y en la glorieta de Leganitos, donde remataba el barranco de este nombre, pudo hallar también inspiración para su pluma el autor de *Guzmán de Alfarache*, Mateo Alemán, morador allí cerca en una casa que se hizo edificar en la calle del Río, á espaldas del convento de Doña María de Aragón.

Pero el lugar preferido por los madrileños en las noches estivales era el Prado de San Jerónimo, extendiéndose los paseantes, por un lado, hasta los Caños de Alcalá, ó la Huerta de Juan Fernández, y Copacavana, y por el otro extremo, á lo largo de la Alameda de Lerma hasta la puerta de la Campanilla. Todos aquellos parajes son continuamente recordados en nuestra literatura clásica y aquella boga que desde tal tiempo conservaban llegó hasta el Prado, transformado en Salón en el siglo XVIII, adornado por las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno, las cuatro de Trajineros y la

de la Alcachofa, al final del Jardín Botánico, recién traído entonces por Carlos III desde el Soto de Migas Calientes, donde lo creó Fernando VI. Con la portada de este Jardín armonizaba la de la Real Platería de Martínez, y luego la severa elegancia del edificio que Villanueva construyó para Museo de Ciencias Naturales destinado después á la Pintura y Escultura, completaban la belleza del conjunto. Lástima fué que no se cumpliera el proyecto de Sabatini, quien quería hacer una galería con esbelta columnata en lo que hoy es plaza de la Lealtad. Por lo demás, daban cuadro adecuado á la belleza de las fuentes de Mena, Gutiérrez, Ventura Rodríguez y Michel, los palacios de Lerma, Uceda, Béjar y Carpio, más tarde de Alcañices, que estaban entre la iglesia de San Fermín y la calle de Alcalá. En 1806 alzóse enfrente del de Lerma, el palacio de Villahermosa actual en cuyo piso bajo vivió el Duque de Angulema cuando vino en 1823 con los cien mil hijos de San Luis, y en cuyo principal instalóse el célebre Liceo que conoció á todas las glorias del romanticismo. Palacio fué éste

que por una cuestión de etiqueta heráldica hubo de edificar la fachada principal donde se ostenta su blasón, mirando hacia la calle de la Greda, por no poder ponerlo enfrente del antiguo palacio del ministro de Felipe III, y propiedad ya de los Duques de Medinaceli.

En 1830 el Prado vuelve á una época de esplendor. El Salón hállase dividido á lo largo en paseos que parecen responder á separación de castas. Un lado para el popular, otro para la burguesía, y otro muy estrecho, que se llamaba el gabinete, daba al paseo de coches y caballos, y era reservado á la suprema distinción. Los *dandys, leones,* y *fashionables*, como se llamaban los elegantes de entonces para indignación de los supervivientes del reinado de Carlos IV, exhibían allí los vestidos y modelos adquiridos en un viaje á las Cortes de Francia y de Inglaterra. Pero á la hora de la oración acaecía una cosa muy española, y era, que todos los paseantes de carruaje, de á caballo y de á pie, ricos y pobres, distinguidos y vulgares, deteníanse, descubrían sus cabezas y rezaban el *Angelus* al toque de la

iglesia de San Fermín, cuyas singulares campanas divertían luego dejando oir las profanas y agradables músicas de minuetes y alemanadas.

Madrid tendía ya hacia su ensanche, y á más de haber hecho paseo la carretera de Aragón desde la puerta de Alcalá hasta la Venta de la Alegría, paseo con cuya moda terminó Fernando VII, poniendo en él, en una jaula, la cabeza de Richard, comenzó la regencia de María Cristina á marcar nuevas vías para el recreo de los paseantes, que hasta entonces no tenían otra expansión que las rondas. Y de aquel tiempo data la formación del paseo de la Fuente Castellana, que entonces se llamaba de las Delicias de Isabel II, para distinguirle del de las Delicias del Río, que bajaba desde la puerta de Atocha hasta el Canal. De entonces son el paseo del Cisne (que aún conserva su nombre, debido á la fuente que se puso donde ahora la estatua de Lope de Vega, fuente coronada por el cisne de plomo que había en un patio de San Felipe el Real y hoy se encuentra en un estanquillo de la plaza de Santa Ana, delante del monumento

á Calderón). El paseo Novelesco, que luego fué del Obelisco, desde la glorieta de la iglesia de Chamberí á la Castellana; el paseo de Santa Engracia; el del Huevo (hoy calle de Almagro); los paseos de la puerta de Bilbao y portillos de Fuencarral y San Vicente, con el de la Virgen del Puerto, y por otro lado de la villa los de Santa María de la Cabeza, Melancólicos y Ocho Hilos.

Las noches veraniegas de los románticos que eran urbanos y no les daba el naipe por ir en son de paseo hasta los cementerios de San Sebastián y San Nicolás ó á los de la puerta de Fuencarral á componer odas lúgubres y truculentas, tenían lugares agradables para esparcimiento de los ánimos y mentidero donde comentar las nuevas que venían de la facción. Larra ha hablado de ello, y Bretón de los Herreros coloca en su recinto la acción de algún trozo de sus comedias. Eran esos el Jardín del Tívoli, á la izquierda del Prado, donde hace una treintena de años estuvo el Circo Hipódromo, luego el teatro de Maravillas, traído de la puerta de Bilbao, y llamado también del Tívoli al cambiar de sitio;

hoy se alza sobre ese lugar la suntuosidad del hotel Ritz. El jardín de las Delicias, en Recoletos, donde después edificóse el Circo de Rivas, que más tarde cedió plaza al teatro del Príncipe Alfonso, no hace muchos años desapareció y el de Apolo, que se hallaba cerca de la dicha puerta de Bilbao, en el trozo de la calle de Fuencarral, donde se encuentra el palacio que fué vivido por el Duque de Montpensier, esquina á la calle del Divino Pastor, hasta la Peninsular que ahora se llama de Malasaña.

En 1864 una Sociedad catalana quiso hacer en Madrid un gran jardín de espectáculos que pudiera rivalizar dignamente con el de Cremona en Londres, y, en efecto, realizó el milagro de convertir en poco tiempo el terreno árido y yermo que se extendía á lo largo de la carretera de Aragón (hoy calle de Alcalá), desde poco más arriba de la antigua Plaza de Toros hasta donde se abre hoy la calle del General Pardiñas, en un vergel frondoso y delicioso que bautizó con el nombre de los Campos Elíseos. Y en este lugar, cuyo nombre despierta tal cúmulo de recuerdos entre los viejos, había toda

suerte de regocijos y diversiones. Fonda y café de primer orden, montaña rusa, ría con barcas y un vapor modelo, columpios, gimnasio, casa de baños, tiro de pistola y hasta una plaza de toros. Pero quizás el más poderoso atractivo de los Campos Elíseos estaba en su hermoso teatro Rossini, por donde desfilaron las más grandes notabilidades de aquella época. Allí la gentilísima figura y el arte delicado de la desdichada diva Nantier-Didier, que murió en Madrid en la plenitud de su belleza y su gloria, siendo enterrada en el cementerio de San Luis; allí la voz poderosa de Tamberlick, el tenor tribuno, que entusiasmaba cantando el credo de *Poliuto* y el aria de *La muta di Portici*, así como cuando en las calles alentaba á los revolucionarios. Y en aquel teatro, en fin, pronunció Emilio Castelar uno de sus más célebres discursos. Actualmente no queda de aquellos hermosos Campos Elíseos, aún no sustituídos, más que un trozo de arboleda frondosa con un templete clásico, imagen de los templos del Amor, de Versalles y de Aranjuez, que puede verse á la entrada de la calle de Velázquez.

Cuando decaían los Campos Elíseos comenzaba la boga de los jardines del Buen Retiro, nombre que se dió á la huerta del Rey ó de San Juan, al dedicarla á lugar de recreo y espectáculos. Todos lloramos la pérdida de ese vergel, talado para edificar en lugar suyo la nueva casa de Correos. La Corte de Don Amadeo de Saboya puso en moda los Jardines, cuyo teatro ofrecía siempre espectáculos agradables, y en torno á cuya pista central congregábanse notabilísimas tertulias aristocráticas, políticas y literarias. Y en su kiosco de música diéronse conciertos memorables, dirigidos por eminentes maestros españoles y extranjeros. Otros jardines había abiertos al público en los primeros años de la Restauración. Los de la Alhambra, en el pasaje y junto al teatro del mismo nombre, y los Orientales, que estaban en la calle del Barquillo esquina á la de Argensola, y no eran sino la huerta del antiguo convento de Santa Teresa. En la actualidad no tenemos más que los nuevos jardines robados al Retiro, y á pesar de su admirable situación sobre la Moncloa, no consigue completa boga un

lugar tan grato como el establecimiento llamado Parisiana.

También tiene Julio sus verbenas para solaz de la madrileñería popular. Tiene dos: la del Carmen y la de Santiago. La primera ha quedado en una copla:

«En la verbena del Carmen
mataron al Marquesito.
¡Cómo lloraba su madre!»

pero existe otro cantar acusando el mismo suceso, pero como acaecido en

«Viernes Santo por la tarde»;

así es que no sabe uno á qué atenerse entre ambas coplas, andaluza la segunda y madrileña la primera, aunque á decir verdad, parece ser que la primitiva es la andaluza y la otra una variante de ella.

La verbena del Carmen, que se celebró siempre en la calle de Alcalá, pues que la parroquia de San José era la iglesia del convento de los Carmelitas Descalzos, ha pasado á dar animación y holgorio á dos barrios extremos: el de Chamberí y el del Puente de Vallecas. Cuando se celebraba en la calle de Alcalá y en los días prósperos y apacibles

del reinado de Don Fernando VI, solían recorrerla, fastuosos y solemnes, la Marquesa de la Torrecilla y su ilustre cortejo, el Marqués de la Ensenada, llevando en pos al criado negro de la Marquesa con su alto turbante y roja casaca. Lentos y solemnes iban desde el convento de San Hermenegildo, ó sea el del Carmen, hasta el palacio de la Marquesa, que es en el que hoy se halla instalado el Círculo de Bellas Artes. Y la socarronería popular escribía luego aquel pasquín:

«Por aquí pasó Don Cenón
con la marquesa y el capón.»

La verbena de Santiago celebrábase en la plaza de Oriente, pero desde que se ha derribado el cuartel de San Gil amplía su emplazamiento llevándolo hasta la proyectada plaza de España. No es ésta de las verbenas más antiguas y tradicionales, pero es ya tan animada y concurrida como las de abolengo más castizo.

Y dos días después de la fiesta del patrón de las Españas ocurre en Madrid algo sumamente digno de ser menciona-

do y divulgado, y es que el día 27, festividad de San Pantaleón, liquídase la sangre de este santo, que encerrada en cristalina ampolla se conserva en la iglesia del Monasterio de la Encarnación. Así se exhibe á los fieles, y pasado ese día vuelve á coagularse hasta el otro año. En Nápoles también se verifica, en determinada solemnidad, la lignefacción de la sangre de San Genaro, conservada de análoga manera á la de San Pantaleón en Madrid. Y es fama, que cuando la invasión napoleónica anunciaron los clérigos que aquel año la sangre del santo no se liquidaría, por estar Nápoles en poder de los invasores, que eran unos demonios, á los que había que arrojar para volver á la protección de San Genaro. Pero en cuanto el general francés lo supo, llamó á los clérigos, y tales y tan convincentes razones debió aducirles, que aquel año, á pesar de los pronósticos contrarios, liquidóse la sangre del santo como en todos los anteriores.



IX

Agosto, verbenero.

El mes que los señores romanos tuvieron la delicada fineza de dedicar á Augusto, pone como un paréntesis de fuego en la vida del año.

Los campesinos celebran en los días de la Asunción y del peregrino San Roque la terminación de la mayor parte de las faenas agrícolas, ya que se han barrido las eras y el grano bien limpio y aventada la paja, busca su lugar en los graneros. Los madrileños, aunque tienen también campo y siega y trilla, pues no hay más que salir del puente de Toledo para encontrar las eras de Madrid, son eminentemente urbanos y poco amigos de la égloga, como no sea los domingos en la Moncloa, en los Cuatro Caminos ó en la China, así es que se les da un ardite de que hayan segado en los cam-

pos de Carabanchel ó de Vallecas, y como, por otra parte, no les preocupa la próxima vendimia, pueden oir cantar como si oyeran llover aquel cantar, aviso de agricultores, y que parece arrancado de un almanaque de D. Diego de Torres Villarroel:

«Por la Virgen de Agosto
pintan las uvas...»

Sin embargo, porque no se diga, y no se le achaque falta de gusto viatorio, suele dedicar el madrileño en el mes de Agosto un par de días á excursiones tan tradicionales como si se tratara de romerías dentro del término de la villa.

Así, el castizo hijo de Madrid, que va el Jueves Santo á Toledo y el día de San Fernando á Aranjuez, no podrá pasarse sin acudir al Real Sitio del Escorial el día de San Lorenzo, para conmemorar dignamente aquel 10 de Agosto de 1557, en que un madrileño, Rodrigo Zapata de León, el capitán de la bandera de la sangre, fué el primero que plantó la enseña española en las baterías de San Quintín. Y el día de San Luis, rey de Francia, no dejará de asistir á La Gran-

ja para presenciar el juego de las fuentes que, en emulación de Versalles, nos dejaron los primeros Borbones.

Madrid ofrece á los sedentarios el encanto de algunas verbenas, todas ellas relativamente modernas, porque ni la de San Cayetano, ni la de San Lorenzo, ni la de la Paloma, figuran en la categoría tradicional á que llegan por linajudas las de San Juan y San Pedro, ni ostentan el carácter de regocijo general que presenta la de San Antonio de la Florida, cuyo anuncio congrega en el antiguo soto de los Jerónimos del Paso á todos los madrileños amigos del regodeo en la floresta.

Las verbenas de Agosto son exclusivamente de barrio, y mientras dura su celebración hállanse las calles acotadas por ese regocijo, como constituyendo cantones independientes; los farolillos á la veneciana y las cadenetas de papel de colores marcan la línea de unas murallas sutiles que señalan los límites de esas villas dentro de la villa.

La fiesta de San Cayetano extiende sus reales desde la plaza de San Millán y la cabecera del Rastro hasta el porti-

llo de Embajadores. Lugares que antes de ser albergue típico y característico de la majeza, fueron localidad nobilísima, donde las casas de muchos hidalgos se asentaron. Aún se ve en las fachadas de esas calles los blasones que pregonan la rancia aristocracia de los antiguos habitantes de esos parajes, donde, cuando allí no había sino quintas amenas y frondosas, retiráronse en días de asoladora epidemia los representantes de Francia, de Navarra y de Aragón, por lo que quedó el nombre de embajadores á la vía que hubo de edificarse luego.

La antigua parroquia de este barrio era la de San Millán, y sólo el decir que se pertenecía á ella constituía un título de gente de rumbo y de trapío. Aquel templo, que comenzó por ser una ermita humilde frente al convento de la Pasión, era ya en 1598 capilla aneja á la Latina, hasta que en 1612 la Congregación del Cristo de las Injurias aumentó su fábrica. Un incendio acabó en 1720 con ese templo, y entonces la citada Congregación emprendió la construcción de una nueva iglesia, que fué dirigida por el insigne arquitecto madrileño Teodo-

ro de Ardemáns, instalándose en ella el Santísimo el día 22 de Septiembre de 1722, que durante las obras había estado expuesto en el cercano oratorio de Nuestra Señora de Gracia. Posteriormente aumentaron la decoración de este templo muy notables artistas, como Roberto Michel, quien hizo las estatuas de los profetas, y D. Antonio Palomino, autor de una Purísima Concepción.

Y en esta iglesia, por cierto, al tallarse por D. Raimundo Capuz la imagen del Cristo de las Injurias, pusiéronse dentro de ella las cenizas del crucifijo ultrajado por los judíos en la calle de las Infantas, en la casa del licenciado Barquera, que dieron lugar á los desagravios de 1630, entre los que figuró el arrasamiento de la casa de los precitos, sobre cuyo solar edificaron su iglesia y su convento los capuchinos de la Paciencia. En la actualidad la plaza de Bilbao ha sustituído á la casa de los capuchinos, y el Cristo de la Paciencia, que veneraba esta comunidad, custódiase en la parroquia de San Luis, obispo, en la calle de la Montera, esa iglesia de cuyas columnas de la portada, obra de José

Donoso, decía D. Gaspar Melchor de Jovellanos que estaban «talladas á facetas como si fueran diamantes de Golconda».

Derruída la iglesia de San Millán, heredó sus derechos parroquiales de aquella feligresía de jácara, el templo de San Cayetano, enclavado en la entraña de la calle de Embajadores. Edificio, por cierto, de los más interesantes de Madrid por su fachada, donde á una elegancia clásica en las líneas generales se unen los floridos y recargados adornos que tan típicos hacen los monumentos madrileños de fines del siglo XVII y comienzos del XVIII. A esta época pertenece el templo á que nos referimos, y aunque los planos para su trazo vinieron de Roma, fueron arreglados y aderezados á su gusto por Jerónimo Churriguera. Ventura Rodríguez tuvo más tarde algo que hacer en esa construcción, y un escultor notable, Pedro Alonso de los Ríos, contribuyó también á la decoración del edificio con las tres imágenes de Nuestra Señora, San Cayetano y San Andrés Avelino.

Esta iglesia es la que preside la ver-

bena con que se festejan del 5 al 6 de Agosto los vecinos de la Inclusa y del Rastro. Aunque la estrechez de la calle no lo permite, suele arriesgarse á pasar por entre el apiñado gentío el eterno simón de las juergas, que lleva el alboroto por dondequiera que va y exhibe muestras de todo lo que se vende en los puestos, llenando la capota de pitos floridos y altos monigotes de papel, haciendo el obligado alto en cada una de las tabernas del camino, que á veces son dos en una misma casa. El héroe de Cascorro, cuyo monumento fué elevado con bastante más justicia que algún otro análogo, porque á más de recordar un hecho cierto y verdaderamente heroico, simboliza al glorioso anónimo arrancado por el azar de entre el pueblo de Madrid, preside desde su pedestal el alborozo del barrio, donde ha sido empadronado con avecindamiento perdurable. Los barreños de sangría se ostentan en el centro de los corros familiares á la puerta de las casas y de las tiendas y recuerdan aquellos artesones en donde bebían de bruces los bravoneles de la vieja picardía. A lo largo de toda la Ri-

bera de Curtidores, hasta la entrada de las Américas, se dilata el continuo campamento, rendido al culto refrigerante del vino en limonada.

No se ha extinguido aún el eco de los organillos en los bailes de la verbena de San Cayetano, cuando ya deben comenzar sus sones los de la verbena de San Lorenzo, que si cada una de estas fiestas significa piedad y devoción, debe ser una de las más notadas y sobresalientes, por lo que rememora y testifica el barrio en que se enclava.

El Campillo de Manuela, Lavapiés, las calles del Ave María y de la Fe con todas sus adyacentes, constituyeron en lo antiguo el barrio de la Judería. Y allí, en el mismo lugar donde se alza la iglesia de San Lorenzo, es donde en los tiempos de la alianza tuvieron su sinagoga los mosaicos madrileños. El decreto de los Reyes Católicos expulsando á los judíos dejó deshabitado este barrio, que desde tiempo inmemorial venía albergando á los hebraicos de Madrid, y al dar un nuevo nombre á su calle principal, y como proclamación del

triunfo del catolicismo, fué cuando quisieron llamarla de la Fe.

Habíanse partido los judíos, pero quedaban los moriscos. Y semejante vecindad, que ya molestaba á Felipe II, acabó por arrancar á su hijo una decisión definitiva. Florecía por aquellos días en la corte la santidad de Simón de Rojas, admiración de la Regla de la Trinidad, en cuyo convento vivía y edificaba con su palabra y con su ejemplo. Y lo que el arzobispo Juan de Ribera hizo en Valencia cumpliólo en Madrid el esforzado trinitario. Él consiguió arrojar á los moriscos que quedaban por aquella calle, á los que en memoria de este nuevo triunfo de Cristo puso el nombre del Ave María.

Y á este barrio de los judíos y de los moriscos quiso la majestad de D. Felipe III, al tiempo que según su entender lo purificaba, dotarle de una parroquia separada de la de San Sebastián, que hasta allí extendía su jurisdicción. Así nació la de San Lorenzo. Sin embargo, hasta el año 1662 no fundóse la iglesia que hoy existe sobre el emplazamiento del templo judío, como ya hemos dicho, y el día 8 de Septiembre de 1670 colocó-

se en ella el Santísimo por primera vez.

Tiempo antes y en aquella misma zona madrileña tenía San Lorenzo cierto curioso instituto bajo su advocación. A un lado de la Puerta de Toledo, y donde ahora se halla el Matadero, estaba el albergue que llevaba el nombre del diácono mártir. Era sencillamente un asilo para recoger á los pobres que andaban mendigando por la villa, y refugio al mismo tiempo para los que pasaban de camino. Fundólo en 1598 Pedro de Cuenca, y ejercían su patronato los fieles registradores de la Puerta de Toledo, quienes elegían el rector, que había de ser un sacerdote pobre y natural de la villa.

Pero hubo tales y tan repetidas cuestiones entre los patronos acerca de las elecciones rectorales, que el arzobispo de Toledo tomó á su cargo el regimiento del asilo. Esta posada tiene algo de memorable, y son aquellos cinco cojos de quienes tomó nombre la cuesta donde se sentaban al sol, y eran pobres recoletos en el albergue de San Lorenzo; de los primeros que en él entraron y de los de historia más curiosa, porque uno

de ellos había recibido su lisiadura en las obras del Monasterio del Escorial, y los otros eran inválidos gloriosos del día de Lepanto. Con que es fama que cierto hidalgo acudía muchas tardes á llevarles el consuelo de su limosna, y siempre el de su plática si podía, que valía más que todo el oro de las Indias, porque él era otro herido en la gran batalla contra el turco, y se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra.

El barrio del Avapiés, como escribía D. Ramón de la Cruz, y de Lavapiés, como escribían el propio Cervantes y demás ingenios del siglo de oro, bulle y triunfa en estos días que se consagran al santo achicharrado. Siempre fué ese barrio lugar de algazara y de bullicio. Antes de los días casi épicos de «La venganza del Zurdillo» y las rivalidades poco menos que homéricas entre los de estos contornos y las huestes del Barquillo y San Antón, era el Campillo de la Manuela, corte verdadera de la jayanía cortesana. No muy lejos de él murió Guillén de Castro, porque el Hospital de la Corona de Aragón, vulgo de Monserrat, hallábase en Lavapiés, saliendo

hacia el campo. En Lavapiés, donde más de una comedia clásica tiene su acción, pone Tirso de Molina la del más divertido episodio de su cuento «Los tres maridos burlados», escrito no lejos de este barrio, en el convento de la Merced, donde es hoy la plaza del Progreso.

Y allí, en fin, donde Elena, la hija de Cristóbal Velázquez, el histrión amigo de Cervantes, hablaba todas las noches por la reja con alguien á quien el príncipe de los ingenios no podía distinguir, y cuando cierta noche llegó á atisbarlo súpolo con disgusto porque no era sujeto á quien quisiera bien. Uno era príncipe en materia de ingenios, y el otro era el fénix, porque el amante de la reja se llamaba Félix Lope de Vega Carpio. Con el ímpetu que ponía siempre en sus pasiones, no sólo amó á Elena, casada ya con otro comediante llamado Calderón, sino que extendió el amor á otras mujeres de la misma familia. Pero así como las codició las olvidó luego, haciendo burlas y epigramas á quienes le inspiraron antes los romances más fogosos y las endechas más tiernas. Tales cosas dijo de ellas, que

fué procesado como difamador, y aún él seguía cantando socarronamente:

Estas son tres,
estas son tres,
las que empuercan el barrio
de Lavapiés.

La calle de la Comadre de Granada, nombre pintoresco como pocos, hoy cambiado por el del Amparo, sin que se sepa la causa de la variación. La calle del Tribulete, donde los soldados de Carlos V bajaban á divertirse en ese juego exótico. La del Sombrerete del Ahorcado, cuya segunda parte del título se ha suprimido por el uso, calle que recuerda la muerte de Fray Miguel de los Santos, el cómplice del pastelero de Madrigal, y de quien se conservó mucho tiempo en la corrala de Mesón de Paredes, puesta en lo alto de un palo la coroza que llevó al suplicio. Todas estas calles de tradición y de leyenda, vías casi desconocidas para la mayor parte de los habitantes de la corte, que sólo saben de ellas por referencias exageradas siempre, son las que acompañan á las de Lavapiés y

Ave María en la celebración de la fiesta de San Lorenzo.

Y así como con ésta empalmóla de San Cayetano, casi también pásase sin solución de continuidad desde la verbena de San Lorenzo á la de la Paloma, que lleva la alegría al barrio de Calatrava y todo el límite que se marca entre la calle de Toledo y la Plaza de la Cebada. Verbena es ella que, aunque moderna, no desmerece en nada de las más altas en abolengo, según se celebra de animada y rumbosa. Hállase en un barrio donde hay gente de dinero y amiga de saberlo gastar; así la devoción á la Paloma queda muy bien con la majeza que la sustenta. Acaso hay además otra causa para el mayor lucimiento de este festejo. Es la última verbena del verano. Cuando al mes siguiente, el día 8 de Septiembre enciéndense algunos farolillos en la Virgen del Puerto, ya parece que no son los mismos que comenzaron á lucir cerca de allí, en la Florida, la noche jocunda y triunfal de la víspera de San Antonio.

Y los columpios, los *tíos vivos*, el *pim-pam-pum*, las diversiones característi-

cas de las verbenas emigran de Madrid para las ferias cercanas. La de Toledo y la de Alcalá, que se celebran en la última decena de Agosto, y la de Aranjuez en los primeros días de Septiembre. Pasada la verbena de la Paloma, diríase que algo como un avance de la tristeza otoñal rafaguea ya sobre Madrid. En Agosto, frío en el rostro, dice nuestro proverbio, y esos fríos de ver como con cada verano que se marcha una alegría, llegan siempre hasta dentro.



IX

Melones y libros viejos

Antiguamente era muy devoto el Concejo de la villa de Madrid, y no pasaba mes sin que costease unas cuantas funciones de iglesia para cumplir con sus obligaciones espirituales.

El último sábado de Agosto pagaba un *Te Deum* en la capilla de la Soledad con descubierto, misa y salve en acción de gracias por haberse aplacado el incendio de la Panadería en 1672. Por cierto que á pesar del *Te Deum*, sin que esto sea dudar de su eficacia, sino únicamente hacer constar el hecho, la Plaza Mayor volvió á arder en más extenso y devorador incendio la noche del 16 de Agosto de 1790; dejando atrás esta observación, seguiremos anotando el caso de que el mes de Septiembre era uno de aquellos en

que el Ayuntamiento madrileño dedicaba más tiempo á la piedad, siendo á su costa las funciones religiosas que se expresan á continuación:

El día 8, Natividad de Nuestra Señora, misa y sermón con descubierto á la Virgen de la Almudena, patrona de Madrid. Esta devoción oficial fué creada en 1085, reinando Alfonso VI, y se votó por la Villa bastantes años más tarde, en 1646.

El día 9, fiesta á Santa María de la Cabeza, compatrona de Madrid, en el Oratorio de las Casas Consistoriales, donde se celebraban misas desde las siete hasta las doce, y se daba á adorar una reliquia de la santa. Por la tarde había procesión en Santa María con asistencia del Cabildo.

El día 10, vísperas solemnes en San Isidro á la misma santa.

El día 11, misa y sermón en la dicha colegiata, sin manifiesto ni asistencia del Cabildo.

El 12, vísperas en Atocha con asistencia del Cabildo.

Y por fin, el día 13, *Te Deum* con manifiesto, misa, sermón y salve asistiendo el Cabildo. Esta celebración fué votada

en 1683 en memoria de la victoria obtenida por las armas cristianas del emperador Leopoldo, del rey de Polonia y del duque de Lorena sobre los turcos que sitiaban á Viena, y amenazaban, por lo tanto, el predominio europeo de la cristiandad.

Ya en su lugar, cuando hablamos de las imágenes madrileñas, hubimos de referirnos detalladamente á la Virgen de la Almudena, cuya fiesta, como la de muchas denominaciones de la madre de Cristo, celébrase el 8 de Septiembre. Madrid ha profesado siempre un tradicional amor por esta Virgen, hasta el punto de que varias veces se pensó, antes de ahora, edificar bajo su protección la iglesia catedral de Madrid. Carlos V trató ya de ello, y en tiempo de Felipe IV llegóse hasta colocar la primera piedra en el mismo lugar donde ya se ha construído la cripta del templo tantas veces proyectado.

Pero la festividad popular religiosa que celebra el pueblo de Madrid el día 8 de Septiembre, es la de la Virgen del Puerto. Al soto que en tiempo de Carlos IV se llamaba Paseo Nuevo de la

Corte, acuden los madrileños á despedirse de las verbenas veraniegas.

Por lo regular, la proximidad del río y el frío ambiente de aquel bosque hundido suelen hacer imposible la estancia en tan húmeda hondura á quienes desde la noche de San Antonio de la Florida no dejaron una verbena sin celebrar. Los farolillos de colores tienen en aquellos lugares más de fúnebres lampadarios que de luminarias alegres, y parecen que alumbran en exequias menguadas el cadáver del verano y el recuerdo de la alegría veraniega.

El soto de la Virgen del Puerto es uno de los lugares más pintorescos de Madrid. Todavía, aunque no con la animación de otros tiempos, constituye, como la Fuente de la Teja, un sitio de reunión donde los domingos se congregan los mozos y las mozas de Galicia y Asturias, que en la corte se hallan dedicadas al servicio doméstico ellas y consagrados ellos al noble ejercicio de las armas en forma de reclutas, ó á la práctica ocupación de mancebos en alguna tienda de géneros comestibles. Antes daba una nota peculiar y característica en estos

conciliábulos, el tipo, ya desaparecido, del aguador. Los progresos urbanos han destruído este oficio, que pasó á la historia como la ocupación del encuartero del tranvía, pues que la tracción eléctrica, si bien ha resuelto un problema de comodidad tranviaria, en cambio ha aumentado lamentablemente los círculos políticos y literarios.

La capilla de la Virgen del Puerto hace perdurable la memoria de la piedad de un devoto caballero. El Sr. D. Francisco Antonio de Salcedo y Aguirre, Marqués del Vadillo, corregidor que fué de esta villa de Madrid é Intendente general de ella y su provincia, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de los señores D. Antonio de Salcedo y Arbizu, Caballero del Orden de Alcántara, vecino y Regidor que fué de la ciudad de Soria, Señor del Vadillo, y doña Teresa de Aguirre y Alava, natural de Vitoria, otorgó en 8 de Marzo de 1725 ante don Manuel Naranjo, escribano de número, escritura de fundación, del Patronato Real de Legos, á honra y gloria de Dios Nuestro Señor y de María Santísima, con el título de Nuestra Señora del Puerto, á

cuyo fin hizo fabricar la ermita y casa extramuros de la villa, inmediato al río Manzanares y puente de Segovia, en tierra y sitio real que estaba dentro del Parque de Palacio.

Determinóse el piadoso Marqués á verificar tal fundación, según confesión propia, porque no teniendo más que un hijo, y ese sin sucesión, consideraba que no le eran menester todas las rentas que había de heredar, quedándole desde luego lo suficiente para vivir con la decencia correspondiente á su lustre y calidad; con que no haría mengua notable en su caudal la edificación y mantenimiento de esa ermita, donde se pagaban dos capellanes y un sacristán, sacerdote también, para contribuir con sus sufragios á la liberación de las ánimas del purgatorio. El buen Salcedo, yace enterrado en esa iglesia que fundó, y en verdad, pocos enterramientos más poéticos y apacibles habrá en Madrid que aquel que su piedad hubo de deparar al antiguo Corregidor.

La Virgen de Septiembre tiene en todos los pueblos una celebración especial, alegre y solemne y una significación ver-

daderamente pagana. Su fecha simboliza el fin y coronamiento de las labores agrícolas del verano, el término de la recolección y la subsistencia asegurada para el invierno. Así á la Virgen del 8 de Septiembre se la adorna con espigas que se guardaron del estío y con los más opulentos racimos de la vendimia. Bájasela de su ermita al pueblo y es motivo de nueva fiesta luego la restitución de la imagen á su residencia campesina. Leopoldo Robert ha pintado estas fiestas en la campiña de Nápoles, y salvo ligeras diferencias de indumentaria en los personajes, pueden pasar por copia fiel de esos mismos regocijos en distintas regiones españolas.

Aquí en Madrid, aunque no somos campesinos, celébrase también el día de esta virgen septembrina, á la cual, con cierta irreverencia cariñosa, suele llamarse «La Melonera». Improvísase en su honor un templo al aire libre, en pleno Cerrillo de las Vistillas; sus naves fórmanse con pilas de melones y sandías, y hasta que las ferias se instalan en Atocha y hacen cambiar el amor á las sandías y á los melones por la afición á las

acerolas y las nueces, dura el culto melonero en su espléndida basílica (1).

Pasan esos días, en que como hízose constar al principio de este artículo celebra la iglesia la fiesta de Santa María de la Cabeza, sin que el pueblo advierta la conmemoración, sobre todo desde que fué derruída la ermita que se hallaba en el paseo de su nombre. Y Septiembre no ofrece ningún cuadro peculiar hasta que con el día de San Mateo se inaugura la feria, empalmada luego con la de San Miguel.

Era en el año 1445 cuando Su Alteza el Rey Don Juan II plúgole disponer de lo que pertenecía á la villa de Madrid, como eran los lugares de Cubas y Griñón, y dárselos como regalo á un su fiel servidor, que se llamaba Luis de la Cerda. Así, en la villa de Escalona, á 15 de Septiembre del año antes citado, expidió una cédula al Concejo madrileño haciéndoles saber su caprichosa determinación. Dos años después, el 18 de Abril de

(1) Recientemente ha devuelto el Ayuntamiento los terrenos de las Vistillas á sus propietarios particulares, quienes han vallado su recinto.

1447, dictó en Valladolid otra cédula, por la que intentaba dar una compensación á Madrid por el despojo de que había tenido la comodidad de hacerla víctima, y fué que concedía á la villa el privilegio de tener dos ferias francas cada año. Ferias que comenzaron siendo de toda clase de tratos, y han acabado en el estado lamentable en que las conocemos actualmente.

No consintió la villa de Madrid en aquella donación de dos pueblos á Luis de la Cerda, y el Rey, como en son de castigo, revocó en Escalona, el día 20 de Junio de 1449, el acuerdo por el cual concedía las ferias á Madrid. Por cierto que algunos años más tarde, como intentara Enrique IV otra generosidad de regalar á sus criados lugares que eran de la villa, dió lugar á uno de los más interesantes y bellos momentos de la historia madrileña.

Nada más fuerte y más brioso, en verdad, que aquella reunión del Concejo de la villa en la iglesia de San Salvador, que estaba en la calle Mayor, frente adonde se halla ahora la primera casa consistorial. Allí juramentáronse para

llegar hasta la franca rebeldía de las armas si otra vez un Monarca disponía de ellos como de cosa propia. Era el día 21 de Agosto de 1470, y bajo la presidencia de Diego Cabeza de Vaca, asistente de la villa, los regidores Pedro de Luján, Pedro Núñez de Toledo, el licenciado Alonso Fernández de las Rozas, Diego de Rojas, Diego de Luján, Diego González, Francisco de Luzón, Rodrigo Alfonso de Oviedo y Fernando García de Ocaña, juntamente con una gran representación de vecinos, ricos y menestrales, dijeron que por cuanto á sus noticias nuevamente había llegado que alguna persona y personas en el servicio de Dios Nuestro Señor y del Rey Nuestro Señor, con gran daño de la República de esta villa y su tierra, en gran disminución de los propios de ella, contra las leyes y pragmáticas sanciones de estos reinos y contra los privilegios que siempre hubo de disfrutar la villa, intentaba alguna enajenación de términos ó jurisdicciones de Madrid, juraban que defenderían su derecho con todas sus fuerzas y en cuantas vías y maneras pudieren, hasta con mano armada, y á riesgo de

sus propias personas, bienes y haciendas. Y que si el Rey con tanta fuerza de las armas que no se pudiese resistir viniese sobre ellos, cada uno de los vecinos dejara la villa, saliendo de ella y de sus arrabales como hombres que desean vivir en libertad y les es quebrantada.

Ciertamente que en estos días de libertad y democracia no osaría ninguna ciudad reunirse en asamblea de esa especie y hacer saber á un Monarca tan firmes y denodadas decisiones.

Vuelto á regir el acuerdo de Don Juan II estableciendo las ferias madrileñas, tuvieron verdadera importancia durante el reinado de los Reyes Católicos; pero cuando á partir del reinado de Felipe II establécese la corte en Marid y adquiere un desarrollo y una importancia extraordinaria el comercio en la villa, las ferias carecen ya de razón de ser. A fines del siglo XVIII y hasta bien entrado el XIX, las ferias convierten en sucursal del Rastro y almoneda de todas las basuras, el espacio destinado á su instalación que era la calle de Alcalá, á más de algunas exposiciones particulares de trastos viejos que por escote de

los vecinos y bajo la custodia de los porteros solía haber también en los portales de algunas casas.

Cada vez fuese señalando á las ferias un lugar más apartado, habiendo estado hasta pocos años á lo largo de la verja del Botánico. Ahora no quedan del privilegio de Don Juan II más que unos cuantos lugareños que venden nueces frescas en el paseo de Atocha, mientras en la amplia calle de Claudio Moyano se extienden los puestos de libros viejos, eternos como el ave fénix, surgidores y resurgidores.



X

Dichoso mes...

Eso dice un proverbio, refiriéndose con irónica crueldad á Noviembre, que no sabemos qué agravio podrá haber inferido al refranero para que le traten así:

Dichoso mes,
que empieza con los Santos
y acaba con San Andrés.

Toda fecha de tradición lleva con ella una consecuencia gastronómica, por aquello que decía Larra:—¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos. Y he aquí por qué el mes de Noviembre, desde el primero de sus días, en el cual queda ya oficialmente autorizado el madrileño para salir á la calle luciendo la pañosa, es un mes en el que señalan su presencia diversos comistrajos, desde

los más callejeros hasta el solemnísimo lomo de cerdo, que hace su magnífica aparición escoltado por los buñuelos de viento.

Las golosinas callejeras que anuncian el invierno se han visto aumentadas recientemente por la invasión de un exotismo: las patatas fritas á la inglesa. Pero esas rodajas doraditas no podrán destronar á las clásicas castañas asadas y á las patatas cocidas, que en más de algún caso pueden resolver un problema de alimentación ¡Qué pregones tan madrileños! Así como en Mayo se siente tanta alegría y tanta vida cuando pasa voceando por la calle el tío del burro de los claveles, así tambien qué pena y qué frío entra en el alma la primera vez que como anuncio del invierno se oye lo de: ¡cuantas, calentitas! ¡cuantas, que queman... ¡O la voz que dice así: ¡Que van «jumeando»! ¡Chuletas de huerta! ¡Patatas «asás».

Las tiendas donde se vendía la horchata durante el verano, utilízanse ahora para procurar el abrigo de las casas de aquellos á quienes se refrescó durante el estiaje. Las garrafas ceden su lugar á

los rollos de esteras, y estos establecimientos proteicos pueden disponerse ya á ser pintorescos y variados guardarropas, donde las máscaras buscarán sus disfraces en Carnaval. ¿Qué relación puede haber entre la horchata de chufas, las esteras de cordelillo y los disfraces de carnestolendas? Esta es una cuestión tan ardua como esa otra que se ofrece de Septiembre á Noviembre. ¿Por qué los chicos no juegan al peón más que en otoño? No se sabe. Pero quien sea observador podrá fijarse que sólo en esa estación del año conságranse los muchachos á ese juego.

Hay otro deporte infantil que, ya practicado en primavera, vuelve á tomar vigor en los días de la otoñada. Es la cometa. La que los muchachos del Rastro, que vemos en el tapiz goyesco, echaban en el Cerrillo. La que tenía como lugares consagrados los altos de las Vistillas y de San Blas. Aun hoy, que la afición á este juego ha decaído mucho, todavía se lanzan cometas á los aires desde los alrededores del Hipódromo y desde los desmontes del barrio de Pozas. La cometa no debe morir, es un bello y románti-

co juguete. Tiene algo de ilusión, que se deja subir y perderse en la altura de los cielos. Y cuanto más vuelo se la dejó tomar, con más dolor se la detiene en su carrera, para llamarla á la tierra nuevamente.

El Concejo madrileño, que durante el mes de Octubre no sufragaba más que una función de iglesia, consagrada á Santa Teresa, en las monjas de Santa Ana, dedicaba tres días de Noviembre á solemnidades eclesiásticas. Una de ellas, la del segundo domingo de ese mes, muy curiosa porque en ella se juntaron tres voluntades: la del Ayuntamiento, la del Rey y la del reino. Era la fiesta al Patrocinio de Nuestra Señora, y se celebraba en Santa María, con misa, sermón y salve, con descubierto. Fué instituída por Felipe IV y votada en Cortes el 15 de Marzo de 1643. Luego, el domingo de Adviento, asistía el Concejo á San Salvador para llevar las varas del palio en la procesión de la Bula á Santa María, donde se celebraba misa con sermón, y ese día acompañaban á la villa los Consejos y la Real Cruzada.

El día 1.° de Noviembre tenía lugar

una función muy curiosa, independiente de la festividad señalada en ese día por la iglesia. Verificábase una procesión general de rogativa, organizada en Santa María, con asistencia del Cabildo, de allí iba á San Isidro y San Felipe Neri, orando ante el cuerpo de San Francisco de Borja, y volviendo á Santa María, donde se cantaba el *Te Deum* con manifiesto, y se celebraba misa con sermón y salve. Y todo esto verificábase en cumplimiento de un voto que hizo Madrid á consecuencia del temblor de tierra que se sintió en esta villa en tal día de 1755; es decir, el mismo fenómeno que destruyó Lisboa.

El día de Todos los Santos es una de las fechas más típicas y características de Madrid. Y aunque se consagra á la memoria de los muertos, la alegría madrileña es tan irreverente, quizá dicho más juntamente, tan filosófica, que no es ese día, á pesar de su consagración, uno de los más tristes del año. Por el contrario, la algazara y el bullicio reinan en él desde que amanece. La visita á los camposantos toma aspecto de romería, y cuando á la noche tórnanse los madrile-

ños á la ciudad de los vivos, es para refocilarse con una buena comida y suculentos postres, con que se confortan el cuerpo y el espíritu, dejándoles bien preparados para asistir á la representación del «Tenorio» en cualquiera de los coliseos de la corte. Menos mal que, armonizando lo temporal con lo eterno, cuidan las mujeres de dejar esa noche unas lamparillas encendidas en memoria de sus difuntos.

Los cementerios, su construcción y su cuidado pueden dar idea de la idiosincrasia de un pueblo. París ha respetado sus camposantos. Cuando la población ha llegado á ellos, los ha rodeado amorosamente, sin pensar en destruirlos. Madrid, en cambio, cuando las exigencias de las construcciones no le obligaban á ello, ha derribado sus bellos y viejos cementerios, perdiendo con ello los restos de algunos hombres ilustres. Exactamente igual que un cura, para meter el cuerpo de su hermana, hizo sacar y tirar en una monda los restos de Lope de Vega, que reposaban en la cripta de la iglesia de San Sebastián, ocupando el segundo nicho de la derecha de la bóveda bajo el

altar mayor. Lo mismo que al derribarse la iglesia de San Juan, dejáronse perder los restos de Velázquez.

Fué en el año 1787 cuando Carlos III prohibió los enterramientos en las iglesias y ordenó la construcción de cementerios exteriores. Aun llegaron á hacerse los planos por los más eminentes arquitectos de la época, como fueron Ventura Rodríguez y Villanueva; pero los decretos durmieron á su vez el sueño de los justos hasta que José Bonaparte, á quien Madrid debe muchas y muy importantes reformas y mejoras, realizó los mandatos de Carlos III, haciendo construir dos cementerios generales, el del Norte, en las afueras de la Puerta de Fuencarral, y el del Sur, que ha quedado adosado al moderno de San Lorenzo. Posteriormente fuéronse construyendo, más allá del general del Norte, los de la Sacramental de San Luis, fundado en 1831; el de la Patriarcal, en 1849, y, finalmente, la Sacramental de San Martín, cuyo fondo cipresal y pórtico de severa traza helénica danle un melancólico y bellísimo aspecto. En la parte meridional de Madrid construyéronse los camposantos de

San Sebastián y San Nicolás, que ya constituían verdaderos monumentos de la época romántica. En el patio de San Nicolás fué donde ante la tumba de Larra, esplendió por primera vez el genio de Zorrilla. Pero no hay poesía que pueda luchar con el vandalismo ambiente y con la sed de explotación de terrenos y de materiales.

A las afueras del Puente de Toledo, donde ya se había edificado el general del Sur, fueron surgiendo nuevos camposantos. El de San Lorenzo, el de Santa María, en el lugar donde estuvo la ermita de San Dámaso, y las Sacramentales de San Millán, Santa Cruz y San Justo, que ocupan el Cerro de las Animas. Entre todos éstos descuellan el de San Isidro y San Andrés, que á más de ser en su parte moderna el más suntuoso y el que más suaviza la idea de la muerte con su vergel frondoso, es interesantísimo por su parte vieja, rincón que por fortuna respetan las iras derribadoras y que es uno de los más intensamente bellos de Madrid. En aquel vetusto patio de San Andrés está enterrada la familia de Goya y allí se reservaba un lugar para

él. En aquel patio duerme la duquesa de Alba, María del Pilar Teresa Cayetana de Silva, la duquesa-manola, inmortalizada por Francisco el de los toros. Allí también los últimos caballeros, los dos insignes fusilados, Montes de Oca y don Diego de León.

Toda la belleza y poesía que guardan estos cementerios es la que falta á la feísima Necrópolis del Este, á la cual se llega por un camino desagradable, y en la que el ánimo no puede por menos de deprimirse al verse en tan yermo, áspero y desabrido lugar. Por desventura para Madrid, la nueva Necrópolis construyese al lado de la del Este. En vano cuando la revolución de Septiembre proyectóse un artístico y vasto cementerio en terrenos de la Casa de Campo. Toda idea de los camposantos artísticos, como el de Génova, ó como el de Buenos Aires, está vedada en Madrid. La población madrileña, puesto que los cementerios de las afueras del Puente de Toledo han de ser pronto clausurados, no tendrá más punto de reposo que esas horribles lomas del camino de Vicálvaro, á cuyos lados reposarán los ciudadanos, quedando á la

derecha los creyentes y á la izquierda, en el cementerio civil, quienes hayan hecho manifestaciones de libre pensamiento.

No cabrían en los límites de este artículo los nombres de los muertos insignes que reposan en los cementerios; pero pueden citarse aquellos que fueron enterrados en los camposantos amenazados por la piqueta, y de los cuales han sido salvados á tiempo Larra y Espronceda, que se hallaban en San Nicolás; Rosales, en San Martín, y Bretón de los Herreros, en San Luis. De este mismo cementerio fueron trasladados á Jaén, hace algunos años, los restos del poeta Bernardo López García, y en el mismo recinto quedan todavía y perecerán, si no hay quien cuide de ellos, los de Hartzenbusch, los de Alcalá Galiano y los del gran pintor madrileño, el hijo espiritual de Goya, Leonardo Alenza.

Del cementerio de San Nicolás han sido conducidos al panteón de Atocha los restos de Argüelles, Calatrava, Muñoz Torrero, Mendizábal y Olózaga, y del de San Sebastián los de Martínez de la Rosa. De San Nicolás se han exhu-

mado también los restos del insigne actor Carlos Latorre, que murió el 11 de Octubre de 1851, y simboliza uno de los períodos más gloriosos de nuestra escena. En el cementerio de la Patriarcal se halla el general D. Evaristo San Miguel, duque de San Miguel, autor de la letra del *Himno de Riego* y hombre de grandísima importancia en la historia de su época. Allí tiene su panteón el poeta Quintana, y allí también reposan dos músicos ilustres: Eslava y Gaztambide. El cementerio general del Norte ostentaba junto á las tapias de Vallehermoso el panteón del marqués de San Simón, defensor de la Puerta de Fuencarral contra los franceses en 1808. Pocas cosas tan bellas como aquel monumento funerario, aislado en un recinto aparte y guardado por cuatro cipreses, que se erguían como dándole una guardia de honor.

Y para no citar sino los nombres más culminantes de quienes reposan en los cementerios abiertos, recordaremos en San Isidro el mausoleo que guarda los restos de Goya, Moratín y Meléndez Valdés; es decir, las tres cumbres de la

España de un tiempo, y por cierto que en ese mismo patio de la Concepción, aunque en modesto nicho, yace Pepita Tudó, la princesa de la Paz. En San Isidro están Cánovas, Martos y Castelar, y allí también dos madrileños insignes, Mesonero Romanos y el maestro Barbieri, Vicente López, Rafael Tejeo y Los Madrazo (D. José, D. Federico y D. Pedro) duermen también el eterno sueño en el cementerio de San Isidro.

En San Lorenzo están también Matilde Díez y Julián Romea, Mariano Fernández, D. Modesto Lafuente, García Gutiérrez, Florentino Sanz, Roque Barcia y Pastor Díaz. En Santa María, Narciso Serra. En San Justo: D. Juan Nicasio Gallego, el pintor Villamil, Casto Plasencia, Ayala, Carlos Haes, Fernández y González, Alarcón, Arrieta, Chapí y Chueca. En una tumba de respeto hay una inscripción que hace saber cómo allí reposó el cuerpo de José Zorrilla. Y, finalmente, en el cementerio civil hay que recordar á uno de los hombres más grandes que ha tenido España, don Francisco Pi y Margall.

El buen madrileño, que hace su acos-

tumbrada visita á los cementerios el 1.° de Noviembre, puede descansar tranquilamente hasta el 15, en que quedará muy mal si no va á El Pardo á hartarse de bellotas en honor del bendito San Eugenio. Es la última romería del año y hay que celebrarla, porque hasta San Antón no vuelve á empezar la serie.

Y ese paisaje admirable de los bosques que rodean El Pardo, la ermita y la Zarzuela, los fondos inmortales de los lienzos velazqueños vuelven á ser el escenario donde otro soberano, que es el pueblo, elige para la fiesta postrera, donde por última vez esplende triunfal el mantón de Manila sobre los hombros de una buena moza.



XII

Con el pavo se va el año

Comenzaba el mes de Diciembre la villa de Madrid con ceremonias de piedad. Así, el día 8 celebraba el Concejo la solemne fiesta de la Concepción de Nuestra Señora, en Santa María, con misa, sermón y salve con descubierto, después de haber conducido procesionalmente la imagen que se veneraba en el oratorio de las Casas Consistoriales á la Concepción Jerónima, donde las religiosas cantaban la Salve. Fiestas que tenían celebración por voto que hizo Madrid en 1438, y el reino junto en Cortes el año 1621.

El día 11 hacía función al Papa madrileño San Dámaso, en la iglesia de San Salvador, desde el año 1687, en que tuvo lugar como rogativa por la salud de Car-

los II, y después la votó Madrid en 10 de Diciembre de aquel año. El domingo infraoctava de la Concepción había función en Santa María con asistencia del Cabildo, fiesta establecida por Felipe V en 1710, en desagravio á los ultrajes hechos á las imágenes de Cristo Nuestro Señor por las tropas invasoras. Y el día 17 celebrábase otra fiesta á la Purísima Concepción en San Francisco el Grande, asistiendo á todas estas ceremonias la famosa Capilla música de Madrid, que más tarde fué de la Soledad.

Llega la fecha en que se conmemora el nacimiento del Hijo de Dios, y se verifica aquello que decía Larra: «¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos.» Entonces es cuando la plaza Mayor de Madrid se llena de puestos de cuanto el Señor crió, y parece que se dispone á avituallar á una legión de Gargantúas. Todas las regiones de España envían á la corte sus representaciones más sabrosas. Cantabria, Asturias y Galicia mandan sus manzanas, su sidra y sus jamones; Extremadura, los embutidos que hicieron famoso al Tío Rico; Valencia y Murcia, sus naranjas y sus granadas; Ali-

cante, sus turrones y sus peladillas; Toledo, sus mazapanes, y el resto, en fin, de las comarcas españolas acude al concurso con sus frutas, sus vinos y sus golosinas peculiares y tradicionales.

Y junto á los puestos de la más varia frecuencia de comestibles osténtanse aquellos de la plaza de Santa Cruz, donde se hallan los Nacimientos ó las figuras sueltas para componer en casa el retablillo. Hay Nacimientos ideales y progresivos en los que brillan lucecitas eléctricas y cruza un puente de ferrocarril por encima del Portal de Belén, á cuya puerta, sin duda para guardar el orden entre los pastores y rendir los honores necesarios á los Reyes Magos, se ve una parejita de la Guardia civil. Mas lo general es que abunde la imaginería del antiguo régimen, con sus campesinos, formando una sola pieza con la gallinita ó el borreguito, y las mujeres de Palestina con el aparejo redondo de las labradoras de Alcorcón.

No se celebraría dignamente el advenimiento del Redentor si un enorme y constante estruendo no abrumara á los habitantes de Madrid en esa noche que

antes era más recoleta y familiar, pero de algunos años á esta parte celebra toda su festividad en la calle. En tiempo no muy remoto recluíase todo el mundo en su casa á las ocho de la noche, y allí se comía, se bebía y se alborotaba de lo lindo hasta la madrugada, dejando las calles desiertas como las de una ciudad asolada por la guerra ó por la peste. Ahora el bullicio es público, y al concierto de tambores, panderetas, zambombas y rabeles se une el de almireces, cencerros, sartenes y todos cuantos instrumentos de tortura del oído puede utilizar la crueldad ensordecedora.

En los tiempos aquellos de «los bandos del Avapiés» buscan, los muchachos de unos barrios y otros, ocasión en la fiesta de Nochebuena, para uno de sus épicos encuentros, anunciados con villancicos belicosos:

Si no me habéis conocido
en el pico del sombrero,
soy del barrio del Barquillo,
traigo bandera de fuego.

Y este otro:

Aquí están las Maravillas
con deseo de reñir,
menos lengua y más pedradas
señores del Barquillí.

Ahora ya desaparecidas las rivalidades y contiendas de barrios, cuando antes ó después del consumo de la sopa de almendra, que como es de rigor, regalará á sus parroquianos el tendero de la esquina, y de la consumación del clásico besugo, sale á la calle toda la patrulla familiar en la que forma hasta el gato, las coplas que se entonan son solamente para desear dichas sin cuento á todas la relaciones de la vecindad.

Terciando los hombres la capa y las mujeres el mantón, van el padre, la madre, la suegra, la abuela, el tío, la tía, los hijos, los nietos, y para acabar de una vez, toda la parentela. Y de puerta en puerta, del corredor al patio, de casa en casa y de tienda en tienda comienzan por hacer realidad aquello que cantan:

Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir...

Y siguen las salutaciones tradicionales:

Tengo que echar una copla
por encima de una tina,
para que Dios le dé salú,
á mi prima Serafina.

Por lo regular el metro y hasta el consonante es lo de menos, y así suele oirse:

Tengo que echar una copla
por encima de una silla,
para que Dios dé salú
á mi señora doña Manuela.

Y con tan inocentes aunque ruidosas diversiones, acaban la Nochebuena, en un estado de fatiga y de postración cuyas causas no hace falta puntualizar.

El siguiente día de Navidad, fué siempre señalado para ir al teatro, y quienes no acuden á un coliseo en todo el resto del año, no se consideran autorizados para faltar á *ver una función*, en la tarde del 25 de Diciembre. La costumbre perdura, y en ese día obtienen éxito las comedias más disparatadas, y que con mayores recursos cómicos pueden distraer á los espectadores. Si no es

obra de risa, no vale para la festividad que se celebra. El público tiene razón. Es un día de optimismo, en que se ha comido y se ha bebido tan copiosamente como no se suele en los demás, y el espíritu lo mismo que el estómago en funciones de digestión, quiere algo que no sólo no le perturbe con tristezas, sino que le ayude con sus jocosidades, y el sano ejercicio del reir.

Los niños son los que han perdido aquel clásico teatrito de Talía, en la calle de las Aguas, donde en esos días tradicionales se representaba «El nacimiento del Mesías», para encanto y regocijo del vecindario menudo de aquellos barrios típicos que van desde la calle de Calatrava á la de Segovia, y desde la de Toledo á las Vistillas. También durante muchos años fué un espectáculo muy visitado en tales días, el Nacimiento con figuras de movimiento que había instalado en una casa de la plazuela de Navalón, y que acaso es el mismo que todavía se exhibe todos los años en una barraca de la plaza del Callao.

Y llega el día 28 en que á cuenta de

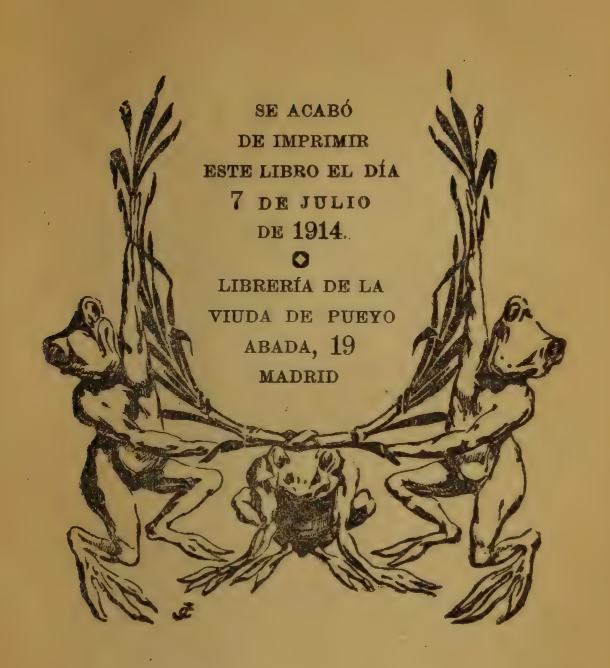
los Santos Inocentes, se pide dinero á los cándidos que no se acuerdan de la festividad del día, y se verifican tan ingeniosas travesuras como obsequiar á los conocidos con dulces de cartón pintado. También la tarde de este día es tradicional de teatro, y toda la gracia de las obras que en ella se representaban antes consistía en que los hombres hacían los papeles de las mujeres, y viceversa. Tal costumbre ha desaparecido ya, afortunadamente para el buen gusto, porque ni la cosa tenía donaire, ni después de todo era excepcional en las costumbres.

Y sin sentir, sin sentir, he aquí que el año se nos ha ido. Que viene la Nochevieja con sus *estrechos*, y que empieza otro año, en el que se vuelven á hacer los propósitos de vida nueva, y en el que se hace sobre poco más ó menos lo mismo que se hizo en el anterior. Si se mudase de alma, á cada año que llega, podríase hablar de nueva vida, pero, ¡ay!, que harto se hace con poder seguir viviendo como antes.

FIN

ÍNDICE

Páginas.



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA
7 DE JULIO
DE 1914.

LIBRERÍA DE LA
VIUDA DE PUEYO
ABADA, 19
MADRID

OBRAS DE PEDRO DE RÉPIDE

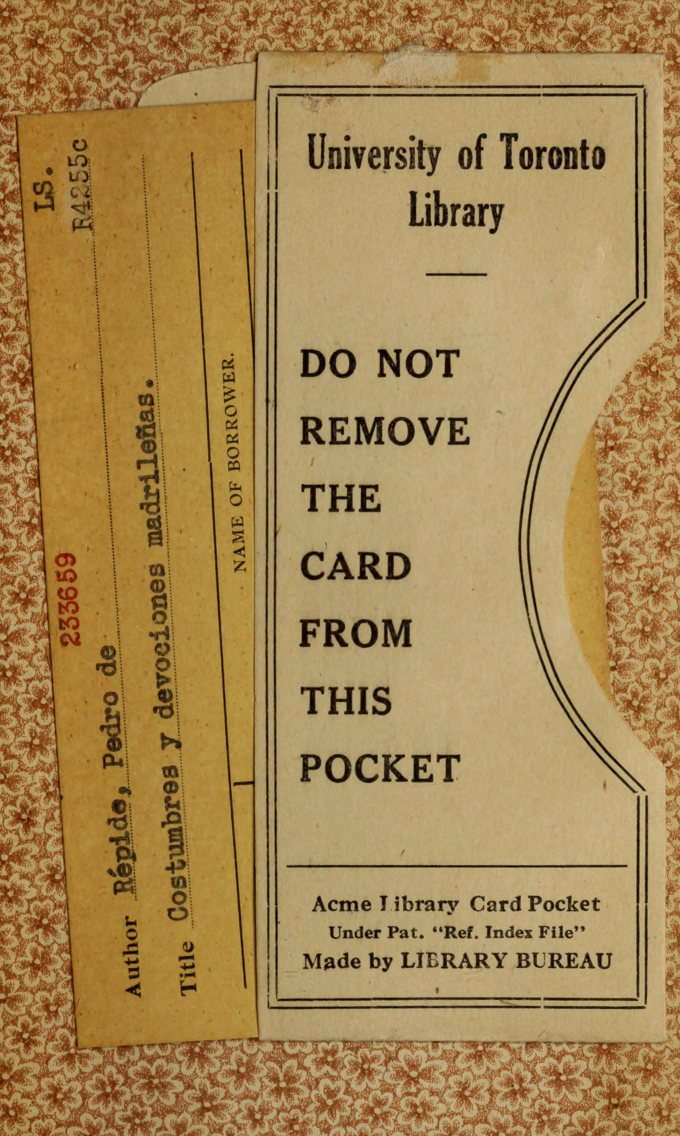
	Pesetas.
La enamorada indiscreta.—Agua en cestillo.—No hay fuerza contra el amor.—Pueyo. editor. Un volumen..........................	3
El Madrid de los abuelos.—Villavicencio, editor. Un volumen..........................	2
El rancio solar.—Biblioteca Mignon. Un vol.	0,75
Los cohetes de la verbena.—Pueyo, editor. Un volumen..........................	3
La Corte de las Españas.—Pueyo, editor. Un volumen..........................	3
Noche perdida.—Del Rastro á Maravillas.—El solar de la bolera.—Un cuento de viejas.—Biblioteca popular «Renacimiento». Un volumen..........................	1
Costumbres y devociones madrileñas.—Viuda é hijos de Pueyo, editores. Un volumen.	2
Las cartas de la azafata Cloe. — Paquito Candil.—La buena fama.—El puerto sereno. — Biblioteca popular «Renacimiento». Un volumen..........................	1
El duende de la Corte.—Edición de *Los Contemporáneos*..........................	0,30
Un conspirador de ayer. — Edición de *El Cuento Semanal*..........................	0,30
Chamberí por Fuencarral.—Edición de *El Libro Popular*..........................	0,20

TEATRO

Los majos de plante (sainete) (1).—**La llave de la Araceli** (comedia en un acto).—**La casa de todos** (drama en un acto).—**Los tres maridos burlados** (farsa, con música del maestro Lleó) (1).—**Los majos de plante** (con música del maestro Chapí) (1). **Cadenas de rosas** (comedia en un acto).—**El rincón de la gloria** (apropósito).—**Un palco para el «Tenorio»** (juguete cómico).

---

(1) En colaboración con Joaquín Dicenta.


LS.
R4255c
233659
Author Répide, Pedro de
Title Costumbres y devociones madrileñas.
NAME OF BORROWER.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

